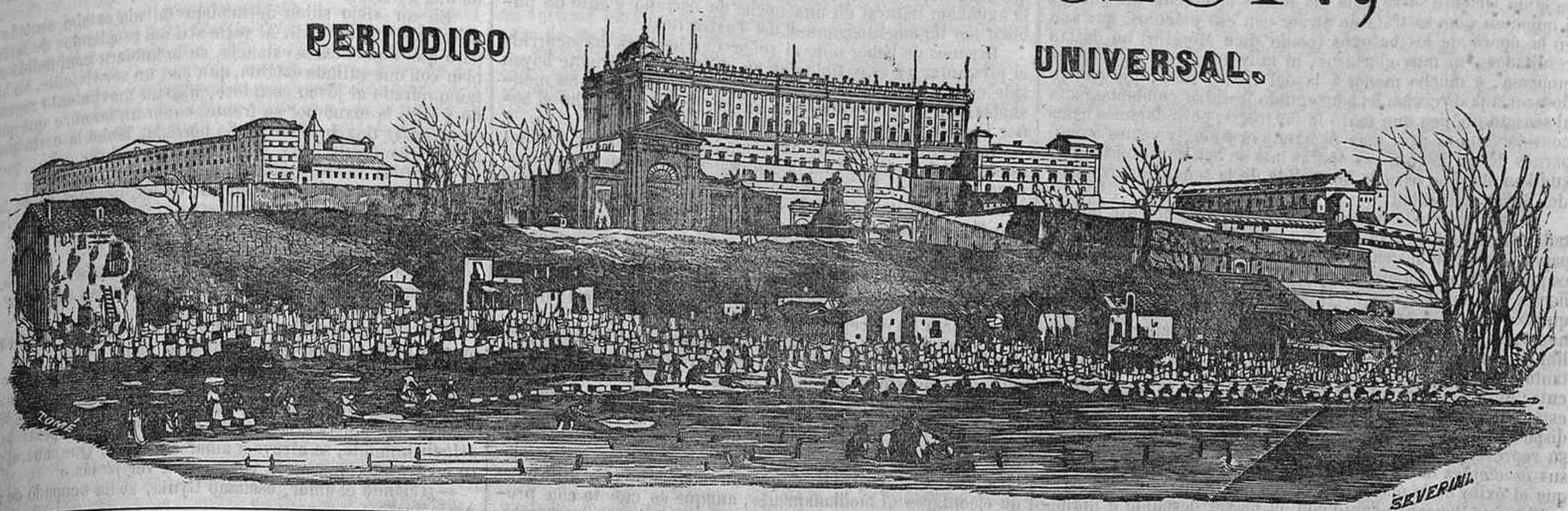
LA ILUSTRACION,

PERIODICO UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 23.—SÁBADO 7 DE ABRIL DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y estrangero: Año 80.

REVISTA DE MADRID.

Aranjuez, convertido en una sucursal de la córte, merced al ferro-carril, le roba estos dias su animacion y su movimiento.—Mientras Madrid está triste y abandonado de la buena sociedad, el delicioso real sitio se halla alegre como nunca, y como nunca tambien favorecido por una concurrencia numerosa y brillante. A todas horas infinitos wagones conducen allí damas hermosas, personages ilustres, y *pollos* elegantes; á todas horas en las anchas calles de la poblacion, ó bajo las sombrías enramadas de los jardines, se encuentran las notabilidades de las diferentes aristocracias del siglo.—Unos van á pasar un solo dia agradablemente; á comer en la fonda de Paris, de la Regina, ó de Athané,—las tres mejores de Aranjuez,—á saludar á un amigo, ó á aplacar el enojo de la muger querida; otros á vivir una temporada en las márgenes pintorescas del Tajo, aspirando la tibia brisa de la primavera llena de suaves y variados perfumes.—Así las casas mas modestas se ven ocupadas por familias distinguidas; así hasta las hosterías y *restaurants* menos *confortables*, reciben abundantes huéspedes; así, es Aranjuez una mansion de encantos, que ninguno recorre sin placer; que nadie abandona sin tristeza.

En las últimas dos semanas ha habido allí dos corridas de toros; dos carreras de caballos; un baile en casa de la señora de C...; un ameno concierto; banquetes y giras innumerables, corriendo además dos veces las fuentes.

Por la mañana el jardin de la Isla es el punto de reunion de la juventud y de la belleza, como por la tarde el del Príncipe lo es igualmente de los que pasean á pié. Los que han llevado sus carruages—y son muchos—recorren la calle llamada del Gobernador, delicioso y estenso bosque que no debe temer comparacion ni con el mismo de Boulogne, aunque no tenga su celebridad. Al anochecer la *calle de las Rosas* se vé talada,—literalmente talada—por una multitud de lindas jóvenes que no temen esponer sus delicados dedos á las punzantes espinas, para hacer preciosos ramilletes que mas tarde ostentan en el pecho ó en la mano.—Como si alguna hada benéfica fuese la protectora de aquel rico vergel, cada mañana, y como por encanto, aparece una nueva cosecha de rosas, tan puras y tan frescas como las cortadas la tarde anterior.

Forzoso es sin embargo confesar que las carreras de caballos no han sido afortunadas en Aranjuez; el primer dia llovió cuando se concluian; el segundo dia, por variar algo, llovió cuando se empezaban. Entonces, casi todas las carretelas huyeron á escape; y solo quedaron allí los coches cerrados, el *sport* madrileño, los *gentlemen riders* que tenian apuestas pendientes, y que volvieron al Real sitio calados hasta los huesos.—Los vencedores aquí como allá han sido este año el conde de Salvatierra y el señor Figueroa.

Entre las personas notables que se veian en el hipódromo, ó en el *turf*,—segun se dice en el lenguage técnico—estaban la duquesa de Alba, la de Sanlúcar, marquesa de Alcañices, de Vallgornera, condesa de Armildez, de Cervellon, señoras de Ceriola, de Cortina, de Santoyo, de Perez Hernandez, de Romano, de Carondelet, de Miranda, de Casa-Bayona, de Jura-Real, de Villagonzalo, de Miraflores, de la Cimera, de Weisweiller, de Carini, etc.—El número de carruages particulares llegaba á treinta.—Por la noche el señor Salamanca dió un espléndido festin en su palacio; y los jockeys que habian corrido, celebraron con otro en la fonda de la Regina sus triunfos y sus derrotas, bebiéndose una fabulosa cantidad de botellas de vino, á fuer de buenos ingleses.

Aranjuez es por el momento la verdadera capital de las Españas; y si SS. MM. estuviesen allí, nada faltaria para su completa brillantez.—Algunas noches hay serenatas delante de las rejas ó de los balcones de seductoras beldades; algunos dias en las columnas de la fuente de la Espina—tradicionalmente consagrada á toda clase de inscripciones—se encuentran muchas tan misteriosas como la que se veia allí el mártes último. Arriba, y trazadas por una mano varonil y segura, se leian estas palabras:

—¿A que hora irá V. al laberinto?

Y mas abajo, en letra pequeña y elegante:

—A las tres: iré sola.

Otros objetos tiene en que ejercitarse la curiosidad de los ociosos,—y de ociosos se compone toda la poblacion *flotante* de Aranjuez;—pero entre ellos ocupa lugar preferente cierta casa situada en una calle..... de cuyo nombre no queremos acordarnos.—Alquilada hace dos meses por un anciano venerable, no ha sido habitada hasta la semana anterior.—Una noche á las doce llegó por el camino antiguo una magnífica carretela tirada por cuatro caballos, y fué á detenerse á la puerta de la casa en cuestion: cuatro personas salieron de aquel carruage: una señora de estatura elevada y talle flexible, con sombrero azul, cuyo velo le cubria enteramente el rostro; un caballero jóven, y envuelto en una capa española; y dos criados, hombre y muger.—Desde entonces nadie ha vuelto á ver en la calle, ni en los jardines, ni en el teatro, á la misteriosa pareja: algunas veces los vecinos de enfrente, perpétuamente en acecho, divisan detrás de las cortinillas de los balcones dos ó tres sombras humanas; otras se oyen los acordes dulcísimos del arpa ó del piano, solos ó acompañados por una voz femenina tan suave como estensa... Un criado anciano—el mismo sin duda que alquiló la casa—sale por las mañanas á comprar las provisiones para el dia, y vuelve cargado de aves, legumbres y frutas; pero todas las tentativas para hacerle hablar han sido inútiles y estériles: el pobre viejo se sonrie con todos, y no responde á ninguno.

Nuestros lectores pueden imaginarse los cuentos y las novelas, mas ó menos verosímiles, que se forjarán diariamente: ya, porque se oye á la dama invisible—asi se la llama—cantar en francés, se supone que es francesa: ya, porque canta en italiano, se la juzga italiana; ya por último, porque un curioso apostado junto á la tapia del jardin, asegura haberle oido pronunciar claramente *Mi-love*, se pretende que es una lady inglesa... Pero lo único que se sabe hasta ahora, es que no se sabe nada.

Hasta mitad de junio no abandonarán acaso los pensiles de Aranjuez los tránsfugas madrileños: realmente nuestra capital no ofrece grandes atractivos ahora. Cerrados casi todos los teatros, cerrados todos los salones, preparándose para pasar á Londres infinitas familias, no hay mas recurso que el Prado. Allí, de siete á nueve es donde la gente se reune; donde se habla un poco de la sesion del Congreso, de la mayoría y de la minoría; de los que se van y de los que no se van; de santa Agueda y de Biarrits; de Cestona y de los Pirineos.

Despues de infinitas dudas y vacilaciones, de esperanzas y de desengaños sin cuento, el teatro Real se cierra definitivamente.—Todos los grandes artistas que durante siete meses han sido la delicia del público cortesano, han partido ya para París y Lóndres; la Frezzolini va al teatro de Covent Garden de esta última capital: Barroilhet vuelve á la grande ópera de la primera:—los apasionados de la graciosa Cerito pretenden que esta para salir de Madrid no ha necesitado diligencia ni silla de posta; que la ligera sílfide ha tendido sus alas, y ha volado como una mariposa á las orillas del Támésis, donde va á disputar el cetro coreográfico á Carlota Grisi y á Amalia Ferraris.

Las dos representaciones de despedida de la Frezzolini y de la Cerito, han sido brillantes; casi todas las personas notables residentes en Aranjuez quisieron asistir á ellas, y ocupaban sus palcos en el suntuoso coliseo. Nunca, ni en las competencias del verano pasado, hemos visto una abundancia tan fabulosa de flores y de coronas: de todas partes caian á los piés ó sobre la cabeza de la célebre primadonna y de la famosa bailarina; asegúrase que no bastando para dar abasto todos los jardines de Madrid, pidiéronse á Aranjuez por el telégrafo eléctrico, y vino de allí un wagon cargado de rosas y claveles.—Los músicos de la orquesta y los quinqués del proscenio fueron las víctimas inocentes de aquella florida lluvia, que rompió cien tubos de cristal, y asustó á otros tantos individuos.

Pero si la Cerito se va, la Vargas está de vuelta.—¿A qué ha ido á París?—¿A qué vuelve á Madrid ahora?—He ahí lo que todo el mundo pregunta, y lo que nadie sabe.—Al principio se dijo que la saladísima macarena cansada del mundo, se retiraba al cláustro; despues se aseguró que estaba en un colegio aprendiendo francés; luego que iba á ajustarse en el teatro de la Puerta de San Martin; por último... se ha vuelto á Madrid sin descubrir á nadie el secreto de su viaje, ni el motivo de su larga permanencia en París.

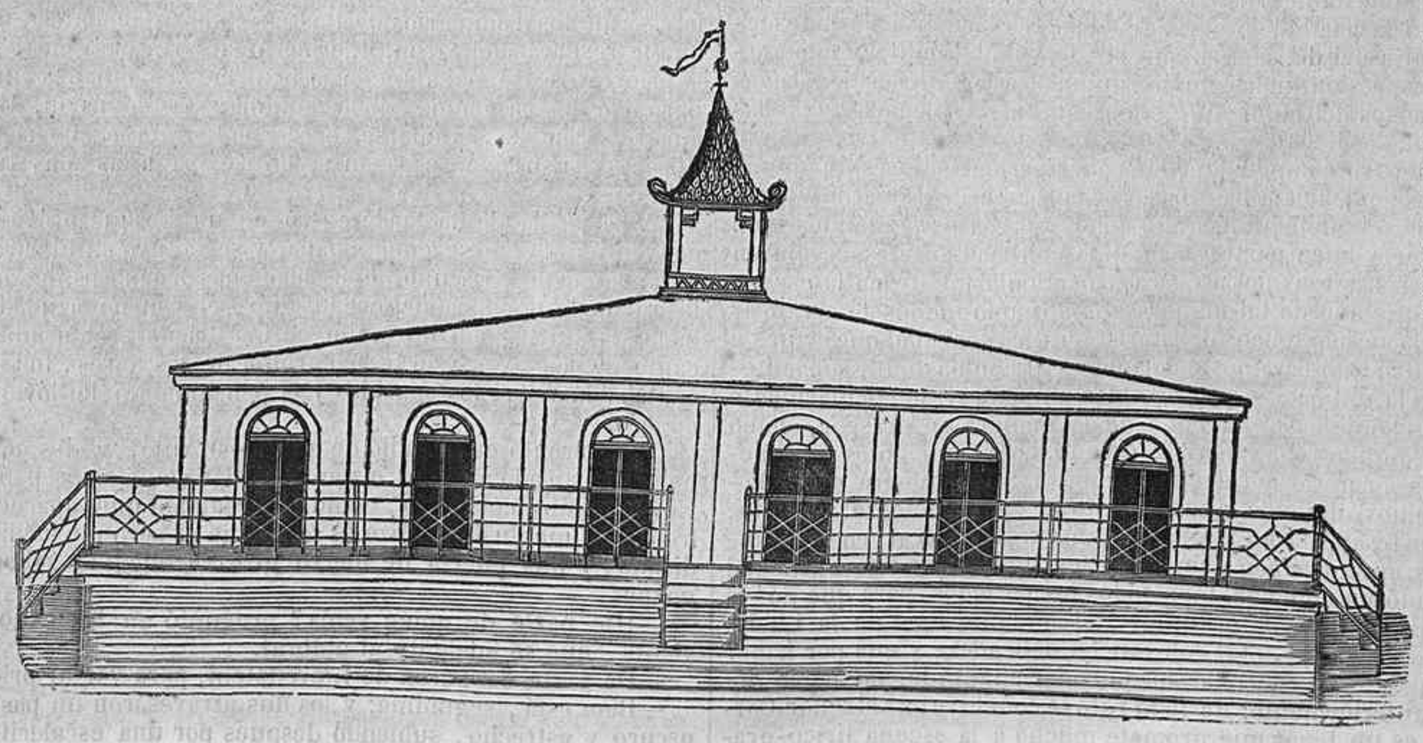
El teatro del Instituto se ha apresurado á contratarla *para un corto número de funciones*, despidiendo probablemente á Miss Fanny Stanley, la cual,—la verdad sea dicha,—era mejor amazona que bolera, y hará muy bien en volver á su antigua profesion, que abandonó por pura escentricidad inglesa.

RAMON DE NAVARRETE.

CRITICA MUSICAL.

TEATRO DE ORIENTE—DON PASCUALE—LUCIA: CONCIERTO DE MR. BOHRER EN LOS SALONES DEL LICEO MATRITENSE.

No bien los calores han principiado, cuando la gente huye de los espectáculos teatrales para dedicarse á gozar de los compastres: en esta época del año en que la tierra se viste de nuevas y frondosas galas, en que la naturaleza toda parece que sonrie, particularmente bajo el purisimo cielo de nuestra hermosa España, todos los seres se desarrollan y viven en la abundancia, todas las aves dejan oir sus varios y deliciosos trinos; solamente los teatros mueren y los artistas que á ellos pertenecen tienen que retirarse de la escena, para pasar *trinando* en el seno de sus familias todo el tiempo que dura el calor, cosa por cierto bien singular, aun-



Vista de la casa de baños de mar construida en la Coruña.

2009 Ministerio de Cultura

que de facil esplicacion, y de la que no puede menos de concluirse que el verano es el antípoda del teatro; por esta causa el de Oriente se ve cada dia menos favorecido del público á quien en vano se trata de atraer con espectáculos, que aun en la época de los besugos (como dice Moratin) no darian resultados, ni muy gloriosos, ni muy lucrativos á cualquier empresa, y mucho menos á la del Teatro Real, que con su desacertada direccion ha conseguido fastidiar completamente al sensato público que tanto le favorecia; pero dejemos estas consideraciones para mas oportuna ocasion, y vamos á ocuparnos de las dos últimas óperas que se han representado, y que han servido para la despedida de la señora Frezzolini y del Señor Barroilhet.

El Don Pascuale ha sido en general pésimamente ejecutado: la señora Frezzolini, sin embargo, comprendió su papel, ejecutándolo en su parte cómica con aquella delicada coquetería, con aquella fina espresion que sabe dar dicha señora á cuantos papeles se la confian, sean del género que quieran; en esta parte nada nos ha sorprendido, porque tenemos visto y sentado anteriormente que la señora Frezzolini es la tiple que mas generalmente acierta á caracterizar, tanto las palabras cuanto la música de las piezas que ejecuta; desgraciadamente el Don Pascuale no es ópera que la está bien por parte de la música, y si á esto se añade la indisposicion notable que padecia la señora en las noches de su representacion, diremos que no pudo lucir por completo sus escelentes dotes, y que por consecuencia contribuyó á que el éxito de la ópera fuese poco agradable.

El señor Baucardé cantó con el mayor descuido é indiferencia su parte, por lo que debemos advertir á este apreciable artista, que los laureles no se consiguen en Madrid sin hacer visibles esfuerzos por agradar al público, y que por consiguiente debe mostrarse menos frívolo y descuidado si no quiere que los espectadores muestren por él un desagrado ó tal vez una desaprobacion terminante, que no merecerá nunca haciendo cuanto sabe.

Muy poco tenemos que modificar nuestro juicio emitido en otra ocasion respecto al señor Rovere; los mismos defectos que en él advertimos, tenemos ahora que criticarle; primeramente en la ejecucion de su parte no hemos advertido un solo rasgo que nos indique la comprension del papel ni la inspiracion propia, sino una copia afectada de la *barriga* y de los gestos del gran Lablache para quien fué escrito este papel, y que hasta ahora ninguno ha sido capaz de ejecutar como es debido, porque es una especialidad, la cual no puede decirse que pertenece al género *bufo* propiamente dicho ni al género *de canto*; es una mezcla singular de entrambos, es, en fin, el mismo Lablache en persona que se pone en escena con el seudónimo de Don Pascuale: para llegar el señor Rovere á ejecutar regularmente este papel necesitaria: primero, la estension y cuerpo de voz que le faltan para hacer los grandes *staccati* de que está sembrada la ópera, y sin los cuales pierde completamente su efecto: segundo, la *nota-parola*, ó séase velocidad en la pronunciacion de los parlantes, que le falta al señor Rovere, por lo que se pierde enteramente el efecto de la *cavaletta* del duo de bajos y de otros trozos del *spartito*, y en fin, otras muchas cualidades menos principales para la perfecta ejecucion de esta parte, y que dicho señor, ó no posee, ó no ha querido poner en juego, con descrédito de su reputacion: en una palabra, creemos que el señor Rovere no ha ejecutado bien esta ópera por ningun concepto, y que en general este artista demuestra ser un *bufo*, que si bien no escaso de inteligencia y regulares maneras, exagera mas de lo regular, y carece en su voz de la uniformidad y flexibilidad necesarias para pronunciar rápidamente y con claridad un parlante cualquiera.

El papel del doctor *Malatesta* fué confiado al señor Walter; de este señor podemos decir que no comprendió su parte ni como cantante, ni como actor: como cantante carece de cuerpo de voz y desafina con frecuencia; como actor no dió intencion alguna á su papel, caracterizándolo mas bien que de un charlatan intrigante de un *inocente* pobre hombre; en todos los apartes se volvia al público para contárselo desde las candilejas, aunque sostuviera el diálogo en el fondo del escenario, y el aparte fuera de dos palabras, lo que le tenia en un continuo movimiento muy á propósito para marear á los espectadores; sentimos decirlo, pero este papel como otros muchos, no son á propósito para el señor Walter.

Los coros estuvieron regulares; la orquesta como nunca detestable, efecto de los pocos ensayos y de trasportarse casi toda la ópera; y por cierto que para hacer algunos trasportes habia unas *pasadas* que ardian en un candil; en suma, el don Pascuale ha sido la ópera mas mal ejecutada que se ha visto en el teatro de Oriente.

Algunas cosas mejores tenemos que decir de la Lucia que en seguida de aquella se puso en escena. La Sra. Frezzolini algo repuesta de su indisposicion cantó con esquisito sentimiento la parte de protagonista, particularmente en la escena y aria del delirio, cuyo recitado y andante dijo con indecible espresion, mereciendo numerosos y entusiastas bravos y aplausos del público, que en esta noche llenaba todas las localidades del teatro.

Nuestro compatriota, el señor Carrion, se prestó por una condescendencia á cantar la dificil parte de Edgardo y produjo en el público una agradable sorpresa presentándose con nobleza y buen porte y cantando con bastante espresion en todas las piezas de la ópera y particularmente en la escena final que dijo de tal manera que no pudo menos de arrancar aplausos espontáneos de la aristocrática sociedad que ocupaba el teatro. Observamos en el señor Carrion bastantes adelantos desde la última vez que le oimos en Madrid, particularmente en el uso de la *media voz* y en la manera de frasear, como asimismo en la de jugar la escena, cuyos adelantos produjeron la sorpresa que dejamos indicada; por nuestra parte desearemos, uniendo nuestro voto al generalmente emitido, que este artista no trunque el discurso musical en los recitados, que dice con demasiada lentitud, y que tenga especial cuidado en concluir bien todos los periodos, para que no le suceda lo que con el último del andante final de la Lucia, que dijo en el total con mucha delicadeza y que por haber descuidado la cadencia hizo olvidar cuanto bueno habia dicho anteriormente: de todo esto se concluye que el señor Carrion es un tenor que promete mucho á la escena lírico-dramática por las buenas cualidades artísticas que en él se reunen de dia en dia; no mencionaremos algunos otros defectos que advertimos en este cantante porque los creemos hijos de la agitacion natural en una noche de estreno y ante un público tan imponente como el del Teatro Real.

Despues de haber oido al señor Carrion nos ha ocurrido el preguntar ¿y es posible que en el teatro de Oriente hayan sido contratados un *San Giovanni* con ocho mil reales mensuales, un Solieri y otros que no merecen tanto como el señor Carrion?... ¡Cosas de España!

La parte de Aston fué encomendada al señor Barroilhet que era el beneficiado en la espresada noche, pero que hizo poco beneficio á los oidos acostumbrados al canto de otros artistas, mas italianos, mas cantantes y menos exagerados que él, á quienes anteriormente hemos visto esta ópera, que el señor Barroilhet ha cantado de una manera poco conforme á su reputacion: no nos cansaremos en hacer análisis de este artista, porque no nos agrada ni su voz, algo nasal, ni ni su género de canto, puramente francés, ni su manera de presentarse en estremo exagerada.

El señor Barba no sabia bien su papel de Raimundo; tal vez no habrá tenido tiempo de estudiarle por la premura con que se ha puesto en escena la ópera.

En cuanto á los coros y orquesta, mucho peor que en don Pascuale, y no es estraño, porque esta se ensayó algo, al par que de la Lucía sabemos que no se ha hecho un ensayo formal: es necesario que se convenzan las empresas, y particularmente la del Teatro Real, que sin ensayar una ópera no puede ejecutarse ni medianamente, aunque se cuente con profesores bajados del cielo; si esta notable falta no se corrige, concluirán sin duda de arruinarse los teatros líricos, que en España estan en visible estado de decadencia y entre ellos el de Oriente, que tal vez á la hora de entrar en prensa este periódico habrá dejado de existir para siempre, si no halla una persona inteligente que sacrifique sus caudales para organizarle de nuevo y á la altura que merece el primer teatro de la córte.

El martes tuvo efecto el último concierto del violoncelista Mr. Bohrer en los salones del Liceo Matritense; tomaron parte la señora de Roissy y los señores Baucardé, Solieri, Walter, Natale, Molberg, Amato, Saint-Leon, Inzenga (don José) y Fossa. Entre las piezas que se ejecutaron, se hizo notar por su precision el cuarteto instrumental de Spohr en que Mr. Saint-Leon lució sus relevantes dotes de violinista: respecto al señor Bohrer nos parece que es un escelente profesor, pero que su época ya pasó, y que por consecuencia debia retirarse con el dulce recuerdo de su bien adquirida gloria artística; las piezas que ejecuta este artista son de un córte demasiado largo y de un gusto que no es de la época, por lo que á la generalidad no puede agradar tanto como á los profesores que se detengan á admirar el magnífico *tono* y la pureza con que las ejecuta, si bien con la falta de sentimiento para el *canto spianato* que se nota en el señor Bohrer. Los demas artistas contribuyeron al buen éxito del concierto, y la escogida y numerosa concurrencia que llenaba el salon salió muy complacida de todo menos del *burlesco imitativo* del señor *Saint-Leon*, á quien aconsejamos que no toque nunca semejante *cosa* en público, sino cuando esté en el campo y quiera cazar vacas con reclamo, porque debemos advertirle que semejantes imitaciones, amen de ser poco decorosas, carecen de novedad, porque no hay principiante de violin que no haga con su instrumento el arca de Noe con todos sus habitantes.

F. Barbieri.

LA DANZA DE LAS WILIS.

TRADICION HÚNGARA.

De lo alto de la plataforma de su castillo, el fiero baron de Lœvenstein lanzaba una sombría mirada sobre el estrecho sendero que desde la cumbre de la montaña descendia al valle, á tiempo que un jóven á caballo salia por la puerta del castillo; al verle el baron sonrióse ferozmente y mandó á un criado que llamase á su hija Emelka.

La jóven atravesó el aposento de su padre como una estrella resplandeciente en medio de nubes sombrías. Condújola el baron á la plataforma, y la dijo:—¿Ves aquel ginete que corre con tanta velocidad hácia el camino? ¿le conoces?

—Sí, padre mio, respondió Emelka con invencible angustia; es tu noble escudero, Gyula.

—Pues bien, repuso con frialdad el baron; ya no le volverás á ver.

La jóven tembló como una persona herida mortalmente; sus ojos se turbaron, viéndose obligado su padre á sostenerla y haciéndola llevar por sus doncellas á su habitacion.

Gyula, no obstante, continuaba su camino en direccion á la casa de los Templarios de Pasteny, sin sospechar la suerte que le reservaba el baron. Llevaba una carta para entregarla al prior, y se regocijaba con la prueba de confianza que el baron le habia dado, encargándole esta comision. Gyula amaba á Emelka, la cual le correspondia con la misma ternura, y así su jóven corazon se entregaba á las mas dulces ilusiones.

A la caida de la tarde entró en un bosque próximo al conventó á donde se encaminaba, y se detuvo en él para esperar la noche. Era uno de los dias mas hermosos de mayo: los rayos de púrpura del crepúsculo, el risueño azul de un cielo sin nubes, el murmullo de los árboles, el armonioso canto de las aves y el fresco aroma de las flores, todo encantaba la vista, los sentidos y el pensamiento del jóven escudero.

Bien pronto emprendió de nuevo su ruta, y despues de haber cabalgado algunos instantes, distinguió de repente el viejo y sombrío cláustro, como una realidad que aparece en frente de una ilusion. Hizo la señal que el baron le habia indicado, y una puerta de hierro giró rechinando sobre sus goznes.

—¿De parte de quién venís? preguntó un hermano sirviente, que se adelantó al umbral.

—De parte del baron de Lœvenstein, para ver al prior.

—Bien está, seguidme: y los dos atravesaron un pasadizo oscuro y estrecho, subiendo despues por una escalerilla. El lego llamó suavemente por tres veces á una puerta; oyóse una voz murmurar algunas palabras: el lego hizo una seña á Gyula para que entrase, y desapareció bajo los negros arcos de una galería,

En un viejo sillon de madera tallada estaba sentado el prior, pálido é inmóvil. Al verle al débil resplandor de la lámpara que iluminaba la estancia, se le hubiera confundido mas bien con una antigua estátua, que con un ser viviente. No bien hubo mirado al jóven escudero, hizo un movimiento repentino y pasó la mano por su frente, como un hombre que quiere recordar una imágen medio borrada. Tomó la carta que le presentaba Gyula, y la leyó con tan sombrío ceño, que el jóven estaba aterrorizado.

—¿Cómo te llamas? preguntó, en fin, despues de un instante de silencio.

—Gyula Ferheggi.

—¿Quiénes son tus padres?

—Geisa Ferheggi y Susa Lorandi; los dos han muerto.

—¿Quién te ha dado la sortija que llevas en ese dedo?

—Es la última memoria de mi madre.

Las pálidas megillas del religioso coloreáronse levemente; mandó al jóven que se sentase, y le dijo:

Esta carta se dirige á mi antecesor, y no á mí; pero ha muerto tan repentinamente, que el baron no ha podido aun tener noticia de ese suceso; hé ahí la razon por qué escribe: «haced que muera el dador de esta carta, que á pesar de su orígen humilde, se atreve á amar á mi hija. Que muera; pero en secreto; que no le vuelva yo á ver jamás.»

—¿Cuándo el amor, esclamó Gyula, se ha ocupado de genealogías?

—¡Silencio! dijo el prior; segun las instrucciones de mis superiores, debo obedecer las órdenes del baron; con todo, esta no se ejecutará; pero has de jurarme no revelar jamás este suceso de tu vida.

—Lo juro, respondió Gyula, apretando con efusion la mano del anciano.

—Es necesario, dijo este, que salgas de aquí esta misma noche; toma esta carta que otro debia llevar á nuestro maestre á Croacia, y de la cual tú te encargarás. Léela, y no te olvides del nombre que debes tomar; nuestro maestre te hará entrar en la Orden, pórtate bien, y deja lo demas en manos de la providencia; si todo el mundo te abandona, cuenta conmigo.

—¡Pero qué he hecho yo para merecer tantas bondades! esclamó Gyula.

—Traerme á la memoria recuerdos que se habian amortiguado hacia largo tiempo: mi corazon se ha enternecido, y voy á declararte lo que jamás he dicho á nadie. Tú debes á tu madre dos veces la vida. Yo la he amado con todo el ardor de la juventud, y la amo todavía como un ástro luminoso en una noche sombría. Cuando ella era jóven aun, yo la veia muchas veces en su aposento; pero tu padre la veia tambien y la amaba. ¡Cómo espresar los tormentos de mi corazon! No pudiendo vivir por mas tiempo en mi terrible incertidumbre, intenté salir de ella, tomando una resolucion definitiva. Monto á caballo, me dirijo al castillo que ella habitaba, determinado á confesarla mi amor... «¡Ah! me dijo un criado, viéndome entrar, llegais á tiempo; todo es regocijo en el castillo; Susa se ha casado.» Entregué á aquel criado una sortija, que es la misma que tú traes, rogándole que la entregase á la jóven desposada, y en seguida me alejé. Despues me hice templario; Susa estaba ligada por sus esponsales y yo por mis votos, cuando un dia un caballero entró en la hospedería de nuestro convento y habló de diferentes cosas que no me interesaban en lo mas mínimo. Despues habló de tu madre: refirió el fausto de la ceremonia de los desposorios, y dijo que la jóven estaba triste, que generalmente se creia que amaba en secreto, y que casándose con aquel que iba á conducirla al pié del altar, no hacia mas que obedecer la voluntad de su padre. Estas palabras eran para mí otras tantas puñaladas... despues no he vuelto á tener ninguna noticia de mi amada, ni he preguntado mas por ella. Fuí al Oriente; busqué la muerte en el campo de batalla; no la he encontrado, y estoy aquí de regreso hace pocos dias, y en verdad no siento ya haberme libertado del hierro de los sarracenos, puesto que voy á salvarte la vida. Pero la hora se acerca, las estrellas desaparecen, y el tiempo urge. Si algun dia te sintieses abatido por la desgracia, acuérdate de mí, y piensa que tambien he sufrido mucho.»

El jóven se echó en los brazos del religioso, sin poder proferir una palabra, y despues salió del convento. Pasó cerca del castillo de Lœvenstein, y volvió con dolor sus ojos á aquella morada en que estaban sus mas tiernos afectos.

En el instante mismo en que Emelka volvia en sí de su desmayo, un mensagero del convento llegó al castillo y anunció que el jóven escudero acababa de morir arrastrado por un torrente que queria atravesar.

Emelka cayó enferma. El baron no tenia mas hijos que ella, y se apoderó de su alma una dolorosa angustia. Apresuróse á llamar á un monje que tenia fama de medico hábil, pero todos los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles, pues la jóven se estenuaba y padecia mas y mas. El invierno se habia presentado rigoroso; el baron durante esta estacion iba muchas veces á cazar á las montañas, y mas aun á ver al señor de Temetreny, con quien tenia largas conferencias. En todo el invierno no se oia mas que el silbido del huracan, el chillido de los pajaros salvajes, al lejos la voz de los centinelas; y Emelka en tanto, llamaba á su nodriza, haciéndola sentar cerca de su lecho para que la contase las tradiciones de los tiempos antiguos, la historia maravillosa del caballero *Argyle* y las hazañas del *viejo húngaro*. Decíala tambien la nodriza que el perjurio tenia siempre su castigo; que se habia visto séres sobrenaturales salir de las entrañas de la tierra para vengar un amor burlado, ó para unir dos corazones fieles. De todos estos cuentos populares Emelka preferia el de las *Willis*, que la nodriza comenzaba invariablemente de esta manera: «La *Willis*, mi querida hija, es una jóven que muere con la corona de desposada. Las Willis, vagan sin cesar de una parte á otra y danzan en el paraje donde se cruzan los caminos. Si un hombre se encuentra allí por casualidad, la mas jóven de las Willis le elije por esposo y le hace bailar hasta que cae muerto. ¡Ay de mí! mi hermana es una Willis; yo la he visto muchas veces al resplador de la luna.» La nodriza referia

2009 Ministerio de Cultura

entonces los padecimientos de su hermana, y Emelka olvidaba sus propios dolores oyendo tan fantásticas relaciones. Cierto dia de la primavera siguiente, el baron entró en el aposento de su hija con el señor de Temetreny, anunciándola que éste era el esposo que la destinaba. Emelka, habituada á obedecer, resignóse sin hablar palabra, rogando, no obstante al cielo que la amparase, y el cielo la amparó. Su semblante se puso mas pálido que nunca; estinguióse el brillo de sus hermosos ojos y al ver sus largos cabellos negros caer sobre su cuerpo estenuado, se hubiera dicho que era el manto de la muerte cubriendo un esqueleto. Por fin, espiró diciendo á su padre: «Yo te perdono la muerte de Gyula.» El orgulloso baron palideció y tembló. A los pocos dias hizo llevar el féretro de su hija á una gruta solitaria, á la cual se retiró para pasar en ella el resto de su vida como un pobre ermitaño.

Bien pronto la noticia de las desgracias del castillo de Lœvenstein llegó hasta Croacia, y Gyula se puso en camino para volver á ver los lugares queridos que no podia olvidar: «si mi vida, dijo, no es mas que una flor marchita, quiero al menos depositar los restos en el suelo en que nació mi sueño de felicidad; iré á guardar tambien el sepulcro de mi amada, aun cuando tenga que morir á manos del baron.»

Despues de un penoso viage, llegó de noche cerca de los muros de Lœvenstein. Un movimiento estraño y sonidos misteriosos animaban el bosque, viéndose en diversas direcciones blancas y ligeras sombras, que pasaban bajo las ramas de los árboles. El reloj dió las doce. Gyula se encontraba en el crucero de los caminos frecuentados por las Wilis, y oyó un canto lastimero, y el ruido de una danza rápida. Largas cabelleras flotaban en los aires: coronas nupciales, y anillos de oro brillaban en las tinieblas, y los cánticos continuaban llenos de una dulce y melodiosa tristeza. Separóse del círculo de las que danzaban, una jóven mas bella y mas lánguida que las otras, la cual asió de la mano al viajero: «Emelka» esclamó este. La Willis le estrechó en sus brazos, le apretó contra su pecho, y el beso que le dió heló la sangre del mancebo, cuyo corazon cesó de latir; Gyula habia muerto.

Al dia siguiente, al pasar por el valle el baron, tropezó con el cadáver del jóven escudero: «Perdóname, ¡Dios mio!» esclamó levantando los ojos al cielo. Cargó con el cuerpo inanimado, le llevó á la gruta, le colocó cerca del féretro de su hija, y sus ojos se bañaron en lágrimas. Desde aquel dia vió muchas veces en sueños la sombra de su hija y la de Gyula, que se mecian sobre él con una espresion de piedad, como si quisieran consolarle.

El C. de M.

LA CAZA DE UN OSO EN EL PIRINEO.

(RONCESVALLES.)

I.

El invierno de 1829 fué uno de los mas rigorosos de este siglo. En España fueron generales los frios y las nieves, y hasta las provincias meridionales, en las cuales una nevada suele ser un fenómeno curioso que apenas se presenta de siglo en siglo, se vieron cubiertas de espesas capas de blanca nieve, con no poca admiracion de sus afortunados habitantes.

Pero donde naturalmente se hizo sentir el invierno con mas rigor, fué en el pais vascongado. El tránsito de un pueblo á otro se hizo imposible, y hubo caseríos sepultados bajo los hielos por espacio de muchos dias.

Los pocos viajeros que por necesidad tenian que atravesar aquellas montañas, corrian peligros inauditos, ya de ser arrebatados por una avalancha, ya de caer en profundos ventisqueros, ya en fin, de ser devorados por manadas de lobos hambrientos, que abandonaban los bosques y rondaban atrevidamente las poblaciones.

Hallábame yo entonces en Goizueta, solazándome con los esquisitos jamones de que se hallaba provista la despensa de un tio, cura de aquella villa, aficionado á la buena mesa y cazador infatigable.

Las abundantes nevadas que caian sin interrupcion no nos permitian abandonar los linderos de la poblacion; y esperábamos con ansia que el tiempo abonanzase algun tanto para salir á recorrer las montañas vecinas, pobladas de corzos y jabalíes.

Interin llegaba esta ocasion, pasábamos el tiempo lo mejor posible, proyectando cacerías en grande alrededor de una mesa bien servida y en sabrosa conversacion, sazonada con sendos tragos de vino de Mendigorría.

El dia de Reyes comenzó á despejarse algun tanto la atmósfera, y por la noche nos hallábamos ya reunidos en casa del escribano del pueblo, decididos á emprender una batida el dia inmediato, cuando se presentó un robusto aezcoano portador de una carta del prior de la abadía de Roncesvalles.

La carta venia dirigida á mi tio, y en ella le suplicaba el prior en nombre de su buena amistad, pasase á hacerle una visita á la abadía, acompañado de su escelente jauria, con el objeto de cazar un enorme oso negro que habia aparecido en aquellas cercanías, devorando cuanto bicho viviente caia en su poder.

El prior, que sin duda conocia á fondo el carácter y gustos de mi tio, no escaseaba en su misiva las alabanzas mas lisonjeras acerca de la abundancia y buena calidad de los vinos de su bodega, sin olvidarse de encomiar la habilidad sin igual de su cocinero para preparar un buen estofado de ternera.

Cada una de estas circunstancias, por sí solas, hubieran sido bastantes á animarnos; no es, pues, de estrañar que todas juntas nos incitasen de tal manera que al amanecer del siguiente dia nos pusiésemos en marcha en número de catorce cazadores, acompañados de veinte perros, flor y nata de los sabuesos y mastines de las montañas de Navarra.

Al anochecer del inmediato dia llegamos á nuestro destino despues de atravesar el pintoresco valle de Bastán, los puertos de Euguí y la llanura denominada *Prado del Roldan*, con nieve á la cintura en casi todo el camino.

Era para mí enteramente nuevo el asistir á una cacería de tanta importancia: asi es que no cesé de ostigar con mis preguntas á un primo de mi misma edad, montañés rudo en toda la estension de la palabra, ágil como un corzo, fornido, audaz y avezado á toda clase de peligros y fatigas. Uno de esos bellos tipos que se encuentran en aquellas montañas, tipos preciosos, irreconciliables en sus odios; pero que elevan su amistad hasta el heroismo; por lo demás, imágen verdadera de los hombres primitivos.

Gran tirador de barra, jugador de pelota nada comun, capaz de embaular en su estómago un mediano cordero, y de trasegar de la odre á su vientre cuatro azumbres de vino, sin siquiera apercibirse de ello.

Este escelente jóven me amaba con pasion, y posteriormente me ha dado señaladas muestras de su afecto en circunstancias sumamente críticas, durante la guerra civil, en la que tomó parte sin otra razon que la de haber yo empuñado las armas.

Francisco, (asi se llamaba) se habia constituido en mi *cicerone*, y era el encargado de contestar á mis impertinentes preguntas. Cualquiera otro se hubiera impacientado en su lugar; pero Francisco no solo me amaba, sino que se complacia en hacerme ver con orgullo que en ciertas materias podia ser mas instruido un cazador montañés, que un magistrado *in fieri*. Entonces estudiaba yo el *Vinio*.

Asi es que cuando por inesperiencia ó descuido caia yo en algun ventisquero y me enterraba en la nieve hasta el cuello, acudia á sacarme de aquel mal paso agarrándome por la capucha de mi *capusay*, y suspendiéndome en el aire como á un monigote de paja no sin murmurar:

—Estos chicos de las ciudades no sirven mas que para hacer burla de los aldeanos, y reirse en sus barbas cuando nos presentamos en sus salones.

—Francisco, le contestaba yo, en mi casa has sido bien recibido siempre que has venido por allá.

—Sí, sí; pero no se me olvida la burla que me hiciste cuando me obligaste á ponerme tus malditas botas. Y eso que tú debias recordar que á los ocho años tus pies no conocian otro calzado que el natural.

—Tienes razon.

—Ya se vé que la tengo. Si no hubieras abandonado nuestras montañas para ir á estudiar, serias muchacho de mas provecho, al paso que ahora para nada sirves.

—¿Cómo es eso?

—Lo dicho, dicho. Ya lo veremos si no el dia de la cacería. Créeme, Pepe, proseguia, tú no serás jugador de pelota, ni podrás andar ocho leguas en un dia con la nieve á la rodilla. En las universidades os haceis flojos, haraganes, delicados, y solo aprendeis á mover la lengua mas de lo que debiérais.

El tiempo se ha encargado de justificar algunas de sus profecías.

Al llegar á la abadía de Roncesvalles, fuimos recibidos por el prior y sus canónigos, rollizos y escelentes sacerdotes, que pasaban su vida en aquel desierto con una esplendidez envidiable.

Al divisar las altas torres del monasterio, las robustas paredes de que se halla revestido, las ojivas ventanas cubiertas de vidrios pintados; al mirar las casas de los vecinos del pueblo agrupadas alrededor de la inmensa mole de la vivienda monacal, figurábaseme hallarme trasplantado á otros tiempos, y mi imaginacion retrocediendo siete siglos, me presentaba aquel conjunto como obra de otra época mas remota. En una palabra, me encontraba de lleno en los tiempos de la edad media.

Y la ilusion podia ser racional y completa al fijar la atencion en nuestra jauria, en nuestros trages, en los de los canónigos que salian á recibirnos, en aquel grupo de paisanos que nos examinababa atentamente, saludando con respeto al poderoso prior que les echaba su bendicion.

Cerráronse las macizas puertas del monasterio, recorrimos sus inmensos cláustros, precedidos por criados que nos alumbraban con hachones de cera, y muy pronto pudimos descansar nuestros miembros fatigados y secar nuestros vestidos empapados en agua, en la cómoda y magnífica celda prioral.

Nuevo, muy nuevo era para mí todo lo que pasaba á mi vista, y encontraba un placer indefinible en alimentar mas y mas mi imaginacion con las ideas que se me ofrecian en monton.

—Aquel es el altivo señor de esta fortaleza, pensaba yo fija mi vista en el prior muellemente sentado junto á la inmensa chimenea, en la cual ardia un mediano monte de leña. Hé aquí sus principales oficiales: nosotros somos el séquito de otro baron feudal que viene á formar alguna alianza con su vecino: yo soy su page escanciador, el que quita la caperuza á su halcon favorito, el que sujeta la brida de la hancanea de la castellana, el que lleva el escudo y pendon del señor en un dia de batalla; este, proseguia pensando y mirando á mi primo, es el montero mayor, el que prepara la batida, el que tañe el alhalí cuando el noble ciervo se lanza de su guarida: aquel...

Una carcajada estrepitosa vino á distraerme en mis sueños de edad media.

Era mi buen tio, que se reia á pulmon desplegado al recuerdo de cierta travesura estudiantil ejecutada mancomunadamente con el reverendo prior.

—Acércate, Pepe, acércate, me gritó. Aquí tienes un escelente amigo, de los pocos que se encuentran hoy. Plegue á Dios tropieces con otro semejante en tu carrera de leyes.

—¿Es tu sobrino? le preguntó el prior, golpeando con su redonda mano mis megillas.

—Sí amigo; ha querido asistir á la cacería y nos ha seguido por montes y vallados con un valor heróico.

—Pero dudo mucho que hubiese llegado hasta aquí sin mi ayuda, repuso Francisco. Mas de veinte veces he tenido que desenterrarlo de la nieve.

No sé lo que hubiera yo contestado en aquel momento, en que mi amor propio se veia mortificado, si una campana y la voz de uno de los criados no nos hubiese anunciado que la cena nos aguardaba.

Todos nos levantamos al oir aquel agradable mensage, y nos encaminamos al refectorio.

Aquí me esperaba otra sorpresa muy en armonía con las ideas que tenazmente volvian á apoderarse de mi imaginacion.

Una mesa de colosales dimensiones gemia bajo el peso de enormes cuartos de venado y jabalí, humeando en anchas fuentes de zinc. Mas allá se descubrian truchas á docenas en cacerolas brillantes. Grandes garrafas de cristal encerraban en su seno por azumbres el dulce Peralta, el rubicundo Tudela, el supurado de Rioja, la cidra de Hernani; y en el centro de aquel gran círculo de viandas suculentas y apetitosas, alzábase orgullosa media ternera estofada, plato favorito del prior y de mi tio, flanqueada por botellas de anisete, malvasía y otras bebidas alcohólicas.

Era, en resúmen, una de aquellas cenas homéricas cuyos recuerdos han llegado hasta nuestros dias. Mas á pesar de tanta abundancia, los platos iban quedando vacíos, como por encanto; los vinos y licores desaparecian con increible rapidez, y debo confesar que fuí uno de los que mas contribuyeron á aquella prodigiosa desaparicion.

Durante la cena rodó la conversacion acerca del objeto de nuestro viage, y el prior nos informó de que el oso que veníamos á cazar desde tan lejos se habia hecho tan audaz y temible, que ninguno se atrevia á alejarse de la poblacion, por no ser devorado.

—Mañana te lo traeremos, atravesado en un mulo, le dijo mi tio, que aguardaba el dia inmediato con todo el ardor de un cazador entusiasta.

—Andarse con tiento, amigos; replicó el prior; me han dicho que es un animal enorme, muy ágil, y feroz en estremo.

—¿Qué te parece de esto? le preguntó mi tio á Francisco, que no habia cesado un momento de comer y beber hacia una hora.

—¡Bah! ¡bah! contestó riéndose. Que se presente ese señor á veinte pasos de distancia, y ya veremos para qué le sirve su agilidad.

—¡Diablo con el muchacho! esclamó el prior; ¿y tendrias serenidad suficiente para apuntarle bien?

—¿Y por qué no? contestó bebiendo de un solo trago un vaso de supurado.

—Pues yo te juro en mi ánima, que echaria á correr apenas lo viese.

—Pronto te alcanzaria, le respondió mi tio. Pero no tengas cuidado: yo prometo que su piel abrigará tus piés este invierno.

—Dios lo quiera; te aseguro que no faltará quien te lo agradezca, los pobres arrieros sobre todo, están acobardados con la fiera que los persigue encarnizadamente.

—¿Y hácia qué punto se deja ver con mas frecuencia?

—En el camino del portillo de Francia.

—¿En el paso de Roldan?

—Sí.

—Muy bien. Ahora señores á dormir, que mañana nos toca madrugar.

Rezó el prior el *Benedicite*, aparecieron los criados con luces, y cada uno se dirigió al aposento que se le hubo destinado.

Eran las once de la noche, y la cena habia durado dos horas y media.

Francisco y yo nos encontramos únicos propietarios de una mediana sala, desde cuyas dos rasgadas ventanas se divisaba el lindero de un bosque inmediato.

No pude resistir al placer de contemplar aquel agreste paisage, cubierto de nieve é iluminado por la luna, cuyo brillo purísimo se estendia por todo el firmamento, sin que la mas ligera nubecilla viniese á empañarlo.

Abrí en consecuencia una de las ventanas, y asomado á ella púseme á contemplar el espectáculo que tenia á la vista.

Si cuando llegamos al monasterio me habia formado la ilusion de que me encontraba en uno de los castillos feudales de la edad media, poblado de pages, damas y caballeros, aquella fué adquiriendo mayor fuerza de realidad, cuando me asomé á la gótica ventana.

Descubríase al frente y en primer término una vasta llanura cubierta de nieve congelada, que al reflejar los rayos de la luna parecia ser un blanquísimo tapiz sembrado de brillantes, topacios y esmeraldas.

Mas allá se divisaban, medio ocultas en una ligera neblina las caserías del pueblo de Burguete.

A mi derecha, elevábanse hasta confundirse con el azul mate de la atmósfera, los elevados picos del Iru y de las demás montañas que forman aquella cordillera titánica.

A mi izquierda, el espectáculo era mas sorprendente. Robles seculares, centenarios pinos, se veian despojados de su follage, moviendo lentamente sus copas al través de la brisa espirante.

Sus negros troncos resaltaban mas y mas sobre el fondo blanco de la llanura, y sus gigantescas ramas semejábanse á los descomunales brazos de alguna fantasma colosal.

(Continuará.)

José M. de Goizueta.

Nuestros lectores hallarán en este número cinco figurines que dan cabal idea de los trages mas en voga para visitas, para el campo, para sociedad y para la calle. Tambien dedicamos un grabado á presentar un modelo de vestir con aplicacion al sexo feo. Segun tenemos por costumbre cuando los dibujos hacen inútiles las esplicaciones, ahorramos la de los figurines de este número, para aprovechar el terreno que podríamos dedicar á hablar de modas, dando cabida á otras materias de interés mas general.

Entre las ciudades mas favorecidas por la naturaleza durante la estacion en que los habitantes de la córte huyen del calor para respirar las suaves brisas de la costa, será sin duda la Coruña, que de algunos años á esta parte hace laudables esfuerzos para atraer á los forasteros. En el presente tendrán lugar brillantes corridas de toros, en los primeros dias del mes de julio; la inimitable Matilde Diez dará funciones en aquel magnífico Coliseo; y otras distracciones dignas de la cultura de aquella ciudad ofrecerán grato solaz á los que la favorezcan. Este ligerísimo cuadro de amenidad y de goces será dignamente coronado con la comodidad y economía que promete á los bañistas la linda casa flotante de baños construida al efecto, cuyo diseño verán nuestros lectores en este número.

2009 Ministerio de Cultura

LA PRINCESA CENICIENTA.

CUENTO FANTASTICO.

I.

Indudablemente hace ya muchos años que tanto los niños grandes como los pequeños se regocijan al pensar en la suerte, probablemente afortunada, de la célebre Cenicienta, que llegó andando el tiempo á ser princesa.

¡Ay de mí! El manantial de toda felicidad cándida y naciente se deriva casi siempre de la ignorancia en que nos hallamos de desastrosos sucesos, y así es que los niños, criaturas dichosísimas, las mas dichosas que conozco, y los niños grandes, que me parecen los entes mas sabios de todos los nacidos, en una palabra, toda la risueña, grave, atolondrada y formal familia compuesta de mis lectores ingénuos y sencillos, ignora todavía á estas horas las nuevas y terribles desventuras, que la maligna suerte tenia reservadas al porvenir de la amable y hermosa heroina de nuestro cuento.

¿Y cómo habian de suponerlas?

Ya tenemos á la Cenicienta casi convertida en reina; pero los palacios de mármol y oro no están mas al abrigo de un destino inclemente y fatal que las humildes chozas, adornadas, por único lujo, de preciosas clemátidas, de pálidas manzanillas y de alelíes silvestres.

Ya tenemos á la Cenicienta adorada como puede serlo la mas afortunada esposa: pero el amor es un ángel, cuya única y verdadera morada es el cielo, un silfo caprichoso, que descansa ó revolotea á su placer sobre nuestro miserable mundo, y que á veces toca ligeramente su superficie con las puntas de los pies, sin dejar de batir las alas, del mismo modo que se detienen los pájaros viajeros á tomar aliento sobre las olas espumosas del Occéano.

Ya tenemos á la Cenicienta colmando de beneficios á su familia: su desabrida madrasta se pavonea á sus anchuras en la córte, y dos hermanas que el cielo le ha concedido, como ya debeis suponer, están casadas, como tambien es preciso para las aventuras de la historia, con dos poderosímos señores, que son precisamente los dos primos del rey. Pero en las almas envidiosas y malas, la fortuna no hace otra cosa que escitar la ambicion, asi como la beneficencia desenvuelve en ellas todos los gérmenes de los celos y del encono. La Cenicienta creia poder contar con tres aliadas seguras y fieles... ¡Inocente! Iban á convertirse en implacables enemigas de su tranquilidad.

Al dia siguiente de las tres bodas, porque las tres se celebraron á un tiempo, se encontraron las dos hermanas en el jardin.

No tardó en reunirse á ellas su instigadora madre.

—¿Qué hay? Las preguntó haciendo una horrible mueca.

—¿Qué hay? respondieron las jóvenes á duo, por imitar á aquella muger, á la que tanto se parecian.

—«Que ya sois princesas.....»

—«Sí... como la Cenicienta.....»

—«Y casi reinas.....»

—Lo mismo que ella.....

—Pero nunca saldreis de vuestro actual estado, nunca pasareis de ahí, nunca sereis mas, al paso que esa insolente fregatriz...

—Ya; reinará seguramente algun dia.

—En efecto, será reina y ninguna otra lo merece tanto, dijo una voz que salia del inmediato bosque.

Era la del padre de la Cenicienta, hombre de buena pasta, confiado y sencillote, cuyos calzones tenia puestos constantemente su tiránica y mal humorada costilla.

—Callad, le contestó esta secamente; callad, os repito, estúpido perseguidor de insectos, y ejercitad vuestras fuerzas corriendo en pos de las mariposas.

Este era por cierto el único consuelo de aquel buen hombre, cuyas orejas se pusieron encendidas como la escarlata: al escuchar la severa amonestacion de la irritada consorte, lanzó un suspiro digno de la garganta de un elefante, y se fué docilmente á coger los coleópteros y los lepidépteros que volaban por los reales jardines, zumbando entre la dorada neblina que formaban los rayos del sol.

En cuanto á las tres harpias, prosiguieron tranquilamente su misteriosa plática, que debia dar por resultado indudablemente la pérdida de la pobre Cenicienta.

II.

Se puso desde luego en juego la calumnia, como por lo regular se acostumbra poco mas ó menos en todas las cortes, y así fué que trataron de escitar celos en el corazon del príncipe, haciendo que sospechase este de la fidelidad de su esposa.

Tiempo y trabajo perdidos, porque ¡tenia el príncipe tanta confianza en la Cenicienta! ¡Era la Cenicienta tan virtuosa! ¡se amaban ambos con tan ardorosa ternura!...

Las dos hermanas enflaquecieron de despecho y la rabia ocasionó á la madastra una fuertísima ictericia.

En vista de eso se asestaron de otro modo las baterias. Los dos primos del rey, incitados por sus mugeres, procuraron persuadirle que su hijo conspiraba con el objeto de colocar inmediatamente la corona en las sienes de la Cenicienta.

El monarca á quien no halagaban mucho el esplendor y los cuidados del trono, abdicó por única contestacion en favor del príncipe real, de modo que el resultado obtenido por la perfidia fue hacer reina á la Cenicienta antes de lo que debia esperarlo.

Esto era ya demasiado, la ictericia de la madre se pegó á los dos hermanas y la primera murió repentinamente de un furioso ataque de cólera.

Los funerales que se la hicieron fueron espléndidos y solo faltaron en ellos... lágrimas.

No; me equivoco completamente, porque el viudo lloró... de alegría.

Y como al mismo tiempo invadió todos los espacios de la provincia una nube de insectos viageros, embanastó sin perder tiempo sus redes de seda, sus alfileres negros, sus cuadernos de apuntes y sus botes de colecciones, y marchó al campo placenteramente, con la esperanza de coger al rey de los grillos y á la reina de las langostas volanderas, dos conquistas preciosas, que hacia mucho tiempo ocupaban su imaginacion.

III.

Toda la corte habia acompañado con gran pompa el fúnebre atahud de la madrastra hasta su mausoleo de mármol negro y blanco. En seguida se retiraron los cortesanos como cuando enterraron al famoso general Malborough.

Pero con arreglo á una costumbre del pais, las dos hijas de la difunta quedaron solas para cerrar la puerta del sepulcro despues de dirigir al cielo sus últimas oraciones.

Ya podemos suponer que las dos hermanas las abreviarian todo lo posible, ya metia una de ellas la llave en la cerradura, cuando llegó á los oidos de ambas una voz áspera y cascajosa, que salia del interior del sepulcro.

—Esperad, esperad, un poco con mil diablos. ¿Se encierra únicamente á los muertos ahí dentro?

Las dos hermanas retrocedieron asustadas.

Entonces se abrió la puerta con siniestra lentitud rechinando sobre sus goznes con lúgubre ruido, y al mismo tiempo apareció en el dintel una vieja de exigua estatura y aspecto estraño.

2009 Ministerio de Cultura

—Vamos, vamos, hermosas señoritas, murmuró entre dientes; no tengais miedo, porque mi cara no es propia para destetar chiquillos, ni me como á las jóvenes en ayunas, y mucho menos si pertenecen á mi familia.... ¿Conque no me conoceis?... ¡Bah!... ¿Conque vuestro corazon no os dice quien soy?..., ¡Por Belcebú!... Esto si que me parece particular. Ea, ea, volved á mirarme mas despacio.

Esta recomendacion era inútil, porque las dos hermanas, pálidas, temblando y estrechándose una contra otra examinaban con miradas estúpidas á la muger que acababa de aparecérseles.

Era esta en efecto la vieja mas cascada, mas fea, mas repugnante y mas estraña que puede ofrecerse á la imaginacion. Tenia cuando mas tres pies de estatura, y la pintoresca curba de su columna vertebral, le hacia asimismo perder en apariencia una tercera parte de su liliputiense altura. Caminaba dando saltitos con la ayuda de dos muletas, que sobresalian un poco por encima de su cabeza. ¡Pero qué cabeza Dios mio! Algunos cabellos grises erizados y escapándose por todas partes de un aplastado y oscuro gorro de forma particular y que parecia fabricado en el taller de alguna araña; una frente cuyos millares de hondas arrugas no hubiera podido contar el mas hábil calculador; pestañas largas y rectas como las barbas de una rata de cien años; ojillos grises mas bien que cenicientos, en cuyo centro brillaba como por casualidad una chispa de fuego olvidada; mejillas hundidas y cadavéricas; boca, cuyos labios se introducian hasta las mismas fauces, como para huir del único diente que se ostentaba horriblemente puntiagudo y salia furioso de su hedionda cueva á morder la punta de una nariz afilada como un puñal moruno, convexa y casi tan negra como el pico de un ave de rapiña; por último, una barba exactamente igual á cualquiera de los zuecos de un Polichinela.

Y sin embargo este gracioso rostro, salpicado en varias partes de abundante copia de berrugas parásitas, nada era comparado con el resto de la persona. Figúrense ustedes un cuerpo torcido, giboso, contrahecho y destartalado, con una espalda abultada hácia el lado derecho y una cadera saliente hácia el izquierdo, con el pecho avanzando al frente como el buche de un pavo, con una pierna retorcida y la otra desmesuradamente estirada; añadan ustedes á esta soberbia pintura un brazo corto unido á una mano larga, y un brazo largo á una mano corta; en fin una mezcla informe, monstruosa, heterogénea y burlesca, como la fantasía ó el capricho de un artista inspirado por el vino y el tabaco.

. . . . . .

Un vestido angosto y rojizo hacia resaltar mas y mas todas las angulosas asperezas de la horrible vieja, que se adelantaba hácia las dos hermanas cada vez mas aturdidas, con el paso salton-rastrero de una rana asquerosa.

—Ea, ea, señoras perezosas, las dijo al fin deteniéndose medio sofocada: ya veo que vuestras cabezas tienen tan poca memoria como vuestros corazones; pero esto poco importa, porque yo no me formalizo jamás por semejantes miserias en el seno de la familia. ¿Os admirais? pues habeis de saber que teneis el honor de ser parientas mias muy próximas.

—¡Parientas! repitieron las dos hermanas, cuyos dientes se entrechocaban como si fuesen castañuelas.

—Sin duda, y vuestra madre debió haberos hablado de mí. Nada hubiera tenido esto de particular, porque en otro tiempo la hice no pocos favores en mi cualidad de hada.

—¡Como! esclamaron espontáneamente las dos hermanas. ¡Es posible que seais.....

—Por supuesto, contestó la muger-espectro con impaciencia; soy la hermana de la visabuela de vuestra madre; la hada famosa y célebre, á quien llaman la Gota, y por cierto que ahora mismo acabo de llegar de luengas tierras, en primer lugar para hacer los últimos honores á mi tátara-tátara-tátara nieta y darle algunos buenos consejos á fin de que pueda presentarse noble y dignamente en el infierno, y en segundo para vengarla en este mundo, si es posible...

—¿Vengarla?

—¡Ah! ¡Ah! ¿Conque ya no teneis miedo de mi facha y la esperanza de vengaros os hace senreir? Sí; ya veo que sois dignas hijas de vuestra madre. En efecto; se trata de vengarla, mas para conseguirlo necesito que me ayudeis. ¿Os acomoda?

—¿Y de quién nos hemos de vengar? preguntaron á un mismo tiempo las dos hermanas.

—¡Buena salida!... ¡De quién!... ¡De la Cenicienta!

—¡De la Cenicienta!

—¡Hola! ¿Conque al oir ese nombre se os hace la boca agua? ¿No es verdad que deseais con toda el alma lo que os propongo?

—Lo haremos por nuestra madre, dijo una de ellas.

—Sí, porque la Cenicienta le ha ocasionado la muerte, añadió la otra.

—¡Hipócritas! repuso la Gota con malicioso acento. Vamos; ya voy conociendo que haré de vosotras alguna cosa de provecho, y que esa princesa bribona no lo pasará muy bien. Escuchadme pues.

—Ya escuchamos, respondió la mayor,

—Con los cinco sentidos, dijo Estefana, que era por consiguiente la mas jóven ó la menos vieja.

¡Qué lástima, lectores mios! El nombre de la otra no ha llegado hasta nosotros.

—Perfectamente, observó la hada maligna; pero es el caso que aquí estamos muy mal para hablar, y por otra parte tambien necesito descansar un poco de las fatigas del último viaje.

—¿Y adónde hemos de ir?

—¡Por Lucifer y su caldera! Al gabinete de cualquiera de vosotras, queriditas mias... Ea, prontito, en marcha, porque ya se acerca la noche.

Las dos hermanas se apresuraron á ofrecer amablemente el brazo á aquella inesperada parienta y auxiliar de sus maldades.

—No, no, nada de eso, les dijo ella: yo tengo mis dos buenas muletas: cerrad la puerta de esa tumba y seguidme; es lo único que os pido. ¡Demonio! ¡Qué complacientes y generosas os mostrais, pichonas mias, por espíritu de venganza!

Y sin aguardar contestacion echó á andar murmurando mil maldiciones y blasfemias.

. . . . . .

No tardaron en llegar á las puertas de la ciudad, pero allí se detuvieron las dos hermanas como avergonzadas é indecisas.

—¡Hola! ¡Hola! gruñó la Gota volviéndose hácia ellas: parece que se tiene á menos penetrar en la ciudad conmigo, eh?

Acompañó estas palabras con tan espantosa mueca, que la punta de su barba se unió completamente con el agudo estremo de su nariz.

En vano procuraron las dos hermanas pronunciar algunas escusas para disimular su repugnancia.

—Bueno, bueno, dijo la vieja endemoniada; no me gustan los cumplimientos, y al fin y al cabo ya se verá quién lleva el gato al agua. ¡Habráse visto cómo se han engreido las mocosuelas! Afortunadamente no os necesito para nada, y hé aquí la prueba.

Y diciendo y haciendo dió un salto mas formidable que los demás, y estendiendo sus muletas, lo mismo que estiende el murciélago sus alas, se elevó pesadamente en el aire.

Las dos hermanas se quedaron asombradas.

Tal vez la Gota, en vez de ayudarlas á vengarse, acababa de abandonarlas para siempre.

Nada de eso. Al segundo aleteo de las muletas, llegaron á los oidos de las dos princesas estas palabras.

—Seguid adelante; ya conozco yo el camino.

En efecto, la fugitiva dirigia su vuelo hácia el palacio real, en el cual desapareció al punto entrando por la entreabierta ventana del aposento de Estéfana.

IV.

—Ahora bien, señoras mias, decia la infame Gota, muellamente recostada en un blando y cómodo sillon, en el cual desaparecia del todo, en tanto que sus dos cómplices la escuchaban con respeto y deferencia notables; hablemos todo cuanto se nos antoje. Aquí se trata de perder á la Cenicienta, ni mas ni menos ¿no es verdad? Pero la Cenicienta es demasiado virtuosa para que nosotras podamos conseguir de ella que falte al mas pequeño de sus deberes. ¡Ah! Si se tratase de vosotras, prendas queridas de mi alma, no me afligiria tanto... Mas ella... ¡Oh! no es lo mismo, como no debeis ignorarlo. En cuanto al príncipe, ya sabemos que la ama, y por los cuernos del diablo os juro que no conozco filtro alguno que sirva para hacer que sean infieles los maridos: este caso no ha sido previsto por los genios, porque siempre se ha creido que los hombres no tendrian jamás necesidad de estimulantes para desatender sus mas sagradas obligaciones. ¿Qué quereis? Los Genios están sujetos á equivocarse con los demas seres que pueblan el mundo y el espacio. No os apureis sin embargo, porque se me figura que poseo un medio infalible de llevar felizmente á cabo nuestra empresa.

Al oir estas palabras tentadoras las dos pérfidas hermanas se arrodillaron para escuchar mejor.

Satisfecha la hada con este aumento de atencion, acarició con su arrugada mano una de las enormes berrugas que hermoseaban su rostro y prosiguió diciendo:

—Yo no soy mas que una semi-hada, porque no tengo mas que media varita de virtudes, al paso que la madrina de la Cenicienta disfruta el envidiado privilegio de la varita entera... ¡Y que importa eso! En desquite soy la reina de un grande imperio, en el cual han penetrado algunos imprudentes mortales, sin que uno solo haya podido salir de él para describirlo á los curiosos. Se llama el imperio de los Pedívoros y creo esplicarme bastante con deciros que cuento entre mis principales súbditos á los callos inmortales, que se reproducen sin cesar, á los implacables juanetes, á los furiosos ojos de gallo, á los altivos sabañones, á las picantes rajaduras, á los bravos escocimientos y por último al formidable é invencible gigante Elefantiasis. Mis vasallos componen un pueblo dócil y estacionario, que no se cuida de emprender la via del verdadero progreso y solo desea una cosa; paz y tranquilidad á cualquier precio. No faltan en él algunos espíritus inquietos y turbulentos que se mezclan en todo lo que no les importa y traspasan los límites del reino, para ir á incomodar á los humanos de otras naciones: el mundo es muy anti-hospitalario y ellos se vengan de su egoismo mordiendo y picando al que encuentran á mano en su vida aventurera; pero repito que los tales revoltosos están en minoría en mis dominios: la mayoría es inamovible y se dejaria matar en su puesto, primero que aventurarse á dar un solo paso, á no ser que su reina se lo mande. En este caso todos se ponen en movimiento, todos obedecen y no tendria yo que pronunciar mas que dos palabras para que se trasladase aquí la poblacion entera. En esto conocereis que os puedo servir de mucho.

—¿Y cómo? preguntaron las dos hermanas sorprendidas.

—¡Qué necias, qué negadas sois! esclamó la hada. ¿Conque no comprendeis?

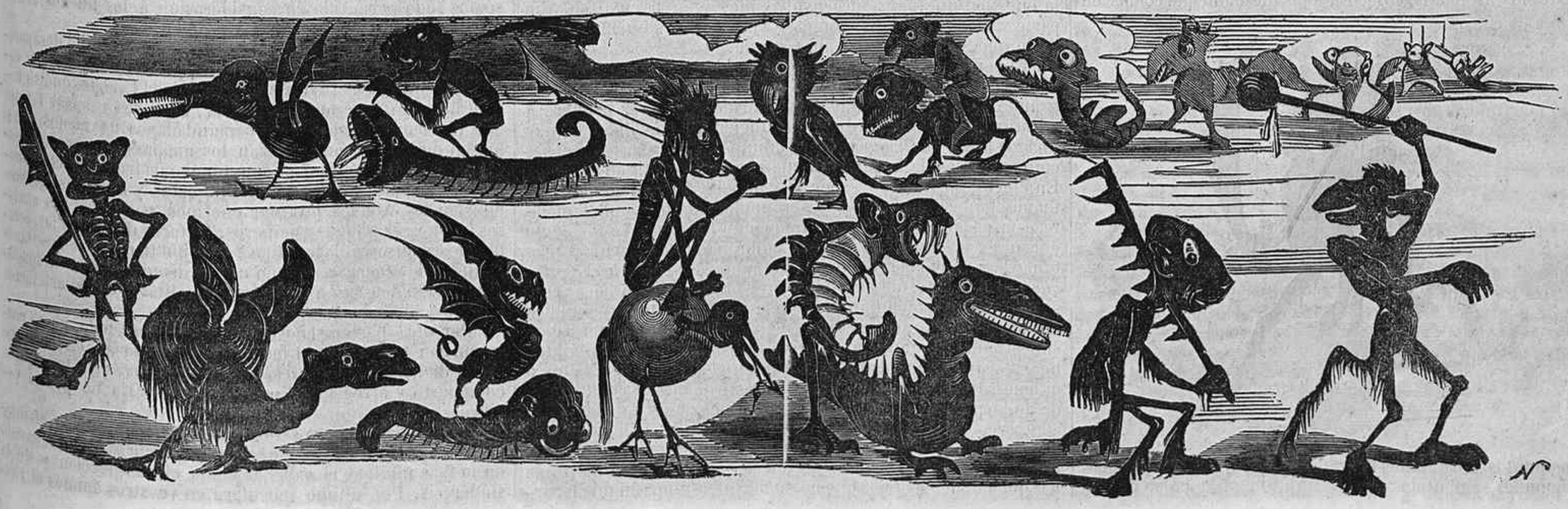
Una doble mirada negativa fué la contestacion que recibió.

—¡Satanas y su rabo! ¿Conque no acabais de comprender que con una sola cohorte de mis vasallos la Cenicienta queda perdida para siempre sin remedio? Sí... sí... perdida, porque... escuchadme con la mayor atencion. Lo que sobre todo ama en ella el príncipe es el pié, aquel pié hechicero y lindo, blanco como el alabastro y mas fino que la misma seda. Pues bien; que sienten mil guerreros sus reales alrededor de aquellos dedos tan pequeñitos y tan cucos... y despues me contareis maravillas.

—¡Ah! esclamaron á un tiempo las dos hermanas poniéndose en pie como movidas por un resorte.

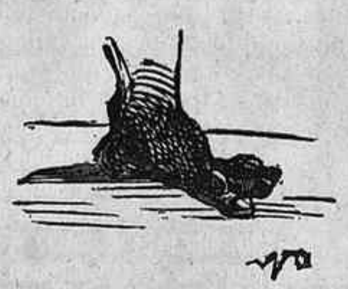
—Vamos, vamos, esto no es malo, observó la hada con desdeñosa sonrisa, en cuyo fondo se apresuraron á desaparecer la barba y la nariz: al fin han comprendido. Sí, amigas mias, el amor y la belleza son inseparables; quien toca á esta, deshace aquel, y la fidelidad es enemiga irreconciliable de la fealdad. El príncipe ha escogido á la Cenicienta por su pié, se ha casado con ella por su pié, la adora por su

pié..... Esto es indudable; pues bien; conviértase ese pié en una monstruosidad, en un pié juanetudo, torcido, amarillento, disforme, cubierto de capas callosas, de berrugo-



2009 Ministerio de Cultura

nes y de otras escrecencias; encórbense y encójanse sus dedos;



tracen en ellos mis súbditos profundas rajaduras, semejantes á las zanjas y quebradas de un valle, levanten montañas enormes y... no habrá mas que pedir... se acabará el amor del príncipe... se llevarán mil legiones de diablos el poder y la influencia de la Cenicienta, que volverá á ser una jóven infeliz, miserable, una criada, una pobre fregatriz como en otro tiempo. ¿Qué decis ahora? ¿Os agrada la venganza que os traigo?

—¡Oh! Gracias, gracias, gritaron las dos envidiosas postrándose á los pies de la infernal hada, cuyas secas y fétidas manos estrecharon con entusiasmo.

—Al negocio, prosiguió la reina de los pedívoros, sin dar señales de conmoverse por aquel repentino y furioso acceso de gratitud. Al negocio y haceos á un lado por breves instantes, á fin de que yo convoque inmediatamente aquí al estado mayor de mi ejército. ¡Hola, general Juanete, mariscal Ojo de gallo, coronel Rajadura, capitan Sabañon, acudid todos con vuestros ayundantes de campo! Obedeced á la voz de vuestra reina. ¡A mi auxilio, valientes! Corred, corred.

Al pronunciar esta pomposa llamada, habia trazado la Gota en el aire algunos signos mágicos con su muleta izquierda.

Casi al mismo tiempo se oyó en la parte esterior de la ventana, cerrada prudentemente para aquella solemne sesion, un retintin multiplicado y sonoro, semejante al estrépito de una granizada que azota los cristales de un aposento.

—¡Ya! murmuró la reina con orgullo. Ya veis que mis Pedívoros son obedientes y exactos. Ya han llegado con tanto rapidez y docilidad como el perro del cazador.

—¡Ah! ¿Conque ese ruido es....? preguntaron las dos implacables adversarias de la Cenicienta.

—Mi estado mayor que acude á mis órdenes y que solicita el alto honor de ser introducido.

—Veámoslo, veámoslo.

Y las dos se avalanzaron hácia la ventana.

. . . . . .

—Deteneos, deteneos, les dijo la vieja, con cierto espanto mezclado de malicia.

Pero esta saludable advertencia no fué oida, y en un abrir y cerrar de ojos, se separaron de par en par las dos vidrieras de la ventana.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! chillaron dolorosamente las dos curiosas.

Todos los dientes del estado mayor se habian clavado en los pies de las imprudentes.

En cuanto á la Gota, se reia á carcajadas en su sillon y durante algunos minutos se gozó en los tormentos de sus protejidas, así como en los gritos que arrojaban y en las muecas y gestos que hacian, semejantes á dos espiritadas.

—Abajo, abajo, villanos, gritó al fin con imperioso acento, como si se dirijiese á un perro favorito. Esos pies son de personas que me son queridas; así pues, moderad por un momento vuestro belicoso ardor, y acercaos á recibir la órden del dia.

Este mandado fué obedecido al punto; los Pedívoros recogieron sus propias mordeduras, y libres las hermanas de tan terrible ataque, respiraron al fin y desecharon sus temores.

Toda la faccion turbulenta habia rodado hasta los pies del sillon, semejante á un saco de nueces que se hubiese vaciado en el aposento.

La diferencia consistia en que aquellas nueces eran seres animados y vigilantes. Parecian un enjambre de insectos amontonados sobre un pilon de azúcar, un ejército de hormigas en parada, una reunion de condenados en medio de las llamas del infierno, ó mas bien los gefes, los diputados de cada una de estas asambleas minúsculas y mayúsculas, reunidos en un congreso general, en una federacion solemne. Porque los rostros y los uniformes de diferentes colores y modas adornaban la alfombra con un mosáico agradable á la vista. Allí se veian callos endurecidos y rúbios, como mayores prusianos; berrugones de aspecto verdinegro y feroz por el estilo de los Hetmans cosacos; ojos de gallo parecidos en

muchos puntos á capitanes holandeses, y por último finchados sabañones, embutidos en sus uniformes de color de escarlata, con el porte de ciertos guerreros obtusos, que recorren las calles de Lóndres con un paraguas debajo del brazo. Toda aquella mescolanza formaba un pintoresco frente de batalla, ante el cual pronunció la reina un discurso en idioma desconocido, que al parecer produjo gran efecto.

Dirijiéndose despues á las dos hermanas las dijo:

—Pichonas de mi corazon, todo está ya dispuesto, y estos valientes anhelan el instante de tomar cuarteles de invierno en la chinela de cristal de la Cenicienta. Lo único que falta es conducirlos al dormitorio de nuestra insolente princesa, y este cuidado os atañe.

—¿A nosotras?

—¡Oh! Tranquilizaos, pues nada absolutamente teneis que temer de estos señores, que os respetarán á fuer de fieles aliados; de modo que puedo confiaros el cuidado de guiarlos con la mayor seguridad al campo de batalla. Ea; buena fortuna y adios.

—¡Cómo! ¿Nos dejais así?

—Por supuesto, hijitas mias; me he incomodado en venir á vuestro pais para dar el último adios á vuestra madre, y he hecho tambien que mis soldados abandonen por vosotras sus guarniciones. Creo que basta ya con eso: ademas yo soy muy poco complaciente por naturaleza, y pasan siglos y siglos sin que haya hecho otro tanto. Lo demas os toca ahora á vosotras, y creo que abrigais en vuestros corazones demasiado ódio, para que yo dude un momento de la victoria. Por otra parte, el plan de campaña es sumamente sencillo: solo se trata de entregar las llaves de la plaza, pues metidos en el ajo mis satélites, podreis dormir á pierna suelta, como si nada del mundo os inquietase. Adios pues, os repito, porque no me acomoda dejar que mi reino se gobierne solo por mas tiempo. Tambien debo haceros presente que hoy es sábado, que pronto llegará la media noche, y que quiero aprovecharme de este viage para dar un apreton de manos á mis antiguas amigas las señoras brujas, que á estas horas cabalgan

á toda prisa en los mangos de sus escobas. Voime, voime volando á fin de llegar al principio de la fiesta. Os deseo mil felicidades, infinidad de riquezas y un poder ilimitado: para que nada os falte, recibid mi bendicion.

Y diciendo y haciendo estendió gravemente las muletas sobre las cabezas de las dos hermanas, murmuró algunas frases ininteligibles, se lanzó fuera del gabinete y desapareció al punto con estraño vuelo en medio de la misteriosa profundidad de la noche.

Las dos conspiradoras permanecieron atónitas, estupefactas, sin saber á punto fijo si cuanto acababa de pasar era un sueño fantástico ó una dichosa realidad.

Al fin la mas jóven fué tambien la primera que rompió el silencio diciendo en voz baja:

—La Cenicienta va á volver á sus aposentos; salgamos.

—Salgamos, répitió la mayor.

Y seguidas por el dócil, aunque arrogante escuadron de los Pedívoros, se dirigieron apresuradamente á las magníficas galerías de palacio. (*Continuará.*)

Cuestion que interesa á todo el género humano.

Como vivimos en unos tiempos de academias, reuniones y juntas de toda clase, no es de estrañar que yo hubiese soñado una de estas noches que me hallaba en una especie de certámen donde habia gran concurrencia y donde se agitó la cuestion que se irá desenvolviendo, y en la cual tomaron parte varios individuos; como se verá por el siguiente relato de lo que se representó á mi fantasía.

El señor *Sapiencio Enciclopedia* pide la palabra y dice en medio de la espectaccion y de un silencio general. Señores: grande es mi turbacion al presentarme por la vez primera á perorar al público: conozco la insuficiencia y debilidad de mis fuerzas á par que la grandeza, la importancia y las inmensas consecuencias de la cuestion que vamos á debatir en este dia. En efecto: se trata de saber si conviene ó no al género humano el que haya *pelo*, y si será mejor abolir completamente esta produccion que existe en nuestra raza. Ya veis que el asunto es árduo, dificultoso y embreñado: yo procuraré profundizarlo con toda la brevedad que me sea posible, *breviter loquendo*. Mas antes de abordarlo me será permitido hacer una salvedad que conceptuo muy tempestiva y oportuna: yo suplico encarecidamente á mis dignos consocios que no interpreten siniestramente ninguna de mis espresiones: no es mi ánimo herir la susceptibilidad y el sentimentalismo de los sugetos á quienes dirija la palabra. No, señores: semejante conducta es de todo punto antipática con mi educacion y mi carácter: aborrezco bajar nunca al terreno de las personalidades; por tanto examinaré la presente controversia en principios científicos y sujetándome á las prácticas ordinarias. Estimaré á la par que no se me ataje, que no se me interrumpa en mi discurso, porque mucho tengo que decir y la cuestion es magna, culminante, incomensurable, universal é ilimitada. No se crea, señores, que yo vengo á este sitio á pasar el tiempo con exordios estudiados y frases de rutina: de ninguna manera. Estoy bien convencido de cuán importante es aprovechar una hora, un minuto, y en esto Caton y yo pensamos igualmente; ademas de que nos reunimos aquí para ventilar una proposicion directa y próximamente enlazada con la felicidad pública, norma, guia y norte de nuestras operaciones y verdadero carril del cual no podemos ni debemos desviarnos ni un ápice. Esto es indudable. (*Bien, bien*). Señores: yo soy insensible á las demostraciones tanto de aprobacion como de censura: ni las bayas y gritos me asustan ni los palmoteos me animan: solo pretendo cumplir exactamente con mi deber, y no me deslumbra el aura popular: he procurado seguir siempre las huellas de Cincinato.

Ahora entro de lleno en la cuestion, y lo haré no con un estilo ampuloso, orondo, campanudo ó gongorino, sino con sencillez homérica y de un modo accesible á cuantos me escuchan. Se quiere derogar todo género de pelo en la especie humana. ¡Qué insania! ¡Qué desjuiciamiento! ¡Qué anarquía de potencias intelectuales! Patentizaré muy prestamente la *absurdidad* de semejante sistema, á cuyo efecto me propongo recorrer la historia del pelo bajo sus diferentes fases, y á seguida ostensibilizar palmariamente las ventajas de su existencia y continuacion en el mundo. Asi lo demandan de consuno el órden y la claridad. Es incontrovertible que el pelo es coetáneo á nuestro Padre Adan, porque fué un hombre completo, lo que no admite dubitacion: tan remota antigüedad basta para que le miremos con respeto. Se ha trasmitido constantemente de generacion en generacion hasta nosotros sin la menor variedad en su esencia y accidentes. Los Patriarcas gastaban barba larga. En todas las naciones ha sido y es respetada la barba: aun los mismos chinos que son poco barbados la tienen en grande estima y cuidan mucho de sus bigotes. Entre los egipcios y espartanos era considerada como un signo de sabiduría, y los griegos tuvieron en cierta época la costumbre de tocar la barba á un sugeto para obtener de él algun favor. Fué tambien tenida en otro tiempo como el símbolo de la filosofía, la prenda mas sagrada de los juramentos y promesas y fué objeto de grandes disputas y discusiones. Los escritores mas célebres se detenian á describir la barba de los personages esclarecidos: Homero habla de la barba blanca de Nestor y de la del rey Príamo. Virgilio nos dice tambien de la de Mecencio, que le cubria el pecho. Las barbas de los senadores romanos espantaron á los galos cuando estos entraron á saquear la ciudad y ellas contuvieron por un momento sus furores. Un rey de Aragon prohibió que se usasen barbas postizas y que fuesen reemplazadas por las naturales. Desde el tiempo de los apóstoles hasta el total establecimiento del cristianismo, se observa que todos los padres santos y doctores de la iglesia han recomendado el uso de la barba, reputando como señal de infamia y locura una cara desprovista de semejante adorno. San Clemente, San Cipriano y otras varias autoridades respetables hacen el elogio de la barba con fuertes razones. Los arzobispos de la edad media traian barbas y bigotes, lo mismo los solitarios de la Tebaida, los ascetas y ermitaños. ¿Qué figura haria un capuchino sin ellas y un gastador de regimiento, y los granaderos y cazadores sin bigotes? Además, todos los conquistadores, legisladores y otros genios de primer órden han usado grandes barbas, y asi son representados Solon, Licurgo, Rómulo, Carlo Magno, Hernan Cortés, etc. etc. Los longobardos imponian con su larga barba y tambien los galos por su gran melena. Si no hubiese ningun pelo pareciera la cabeza monda y lironda, como una plaza bien enlosada y barrida, como una calabaza, seríamos calaveras antes de morir, no se veneraria á los ancianos por sus canas, seria necesario algun abrigo en la cabeza ademas del sombrero, andaríamos todos de gorro ó de solideo ó casquete. No habria diferencia entre calvos y encabellados: desaparecerian de nuestra lengua los nombres de pelon, pelado, peludo, pelicorto, pelilargo, peliagudo, pelinegro, pelirubio, pelipelado, peloso, vello, velludo, velloso é innumerables otros cuya enumeracion fuera sobradamente prolija y contraria á mis propósitos; pues yo me empeño en circunscribirme dentro de un reducido espacio y no traspasar jamás los hitos ó mojones que me he trazado.

A vista de tan basadas, férreas é inderrocables argumentaciones, ¿quién será el estulto, el imberbe ó novel que no se convenza y amilane, que no se confunda, anonade y aniquile? ¿Quién tendrá la temeridad, la audacia catilinaria para combatir rostro á rostro la proposicion que tengo el alto honor de sostener? Sin embargo, habrá quien me impugne, porque al fin *audaces fortuna*, etc. Os ruego, señores, me perdoneis si en algo me he escedido; estoy un poco agitado; quizá se escapará de mis labios alguna perífrasis ofensiva, cáustica ó hidrofóbica. Al defender una cuestion como la que nos ocupa, nada tiene de particular que uno se acalore y entusiasme; séame todo permitido en consideracion á los buenos sentimientos que me acompañan y animan.

Señores: meditad á fondo las consecuencias del desaparecimiento del pelo; ¡qué trastorno! ¡qué revolucion! ¡qué cataclismo no se efectuaría en la sociedad! !... ¿De qué se habian de mantener los peluqueros, barberos y demás falange que vive con el pelo de sus conciudadanos no menos que si fuesen piojos? ¿Cómo podrian los amantes conservar el rizo de pelo de sus novias? ¿Cómo tener cuadros de pelo, trencillas, cordones y otros muchos juguetes y monadas? ¿Cómo podrian los Alcides levantar enormes pesos con sus aladares? ¿Qué seria de los peineros, factores de horquillas, tembleques y otras mil baratijas? En un tiempo en que tanto abundan los *cuernos*. ¿Cómo no se disminuiría su despacho si no se empleasen en peinetas, peinetitas y otros artefactos símiles y análogos?

Por otra parte, señores; si no hubiese pelo, no se cortarian con tanta facilidd las riñas y pendencias, en tanto que ahora diciendo «*eche usted pelillos á la mar*» ya todo queda compuesto y arreglado. En el caso contrario no podria verificarse esto.

Mucho mas pudiera estenderme, pero no quiero ofender vuestra ilustracion. Creo que en mi discurso no he rebasado en lo mas mínimo el valladar de la circunspeccion y de la sindéresis. Por último inocularé en vuestros ánimos el ries-

2009 Ministerio de Cultura

go que vamos á correr si os empeñais en plantear una reforma que ataca, no á los cimientos pero sí á las cabezas de la sociedad; que trastorna la faz del mundo y en especial la de las gentes, que abisma en la inanicion y marasmo á un considerable número de clases industriosas. ¡Cuántas desventuras! ¡infortunios cuántos columbro en lontananza! veo un horizonte muy ennegrecido y la borrasca inminente ya sobre nosotros; pereceremos tal vez en medio del naufragio ó fracasando contra un escollo, si tocamos con nuestra mano profana á una institucion tan sagrada, inmemorial y venerada!!! (*Bravos y palmoteos prolongados y burlescos.*)

El Sr. *Pretendencio Agibilibus* pide la palabra en contra y se esplica del modo siguiente. Señores: aunque he oido con mucho placer al señor Enciclopedia, y aunque tenga que confesar la superioridad de sus conocimientos, no puedo dejar de rebatir las ideas que ha emitido en su peroracion tan erudita y profunda por otra parte. La existencia del pelo es una calamidad en la especie humana. Procuraré demostrarlo y diré de paso que yo entiendo poco de retórica; y así manifestaré lo que se me ocurra con toda franqueza y sencillez. Si no hubiese pelo, tampoco se verian tantas camorras y querellas entre las mugeres, y sobre todo en las del pueblo bajo, que al fin concluyen sus desavenencias con tirarse de los cabellos con furor y rabia. Habria mas y mejores cocineras, porque ahora hay que andar buscándolas que sean pelonas. No se conoceria la tiña, la alopecia y otras enfermedades que afectan á la cabeza en consideracion al pelo, en particular el calvinismo: y aquí notaré que el digno preopinante desea que haya diferencia entre hombres con pelo y sin él; yo deseo por la inversa que no hubiese semejante diferencia y que todos fuesen iguales en esto, naciendo, viviendo y muriendo con la cabeza limpia y tersa. Tambien dijo: ¿qué seria de los peluqueros, barberos y demás oficios que se mantienen con el pelo? pues qué ¿nos abstendremos de introducir reformas y mejoras en bien de la humanidad por respeto á ciertas clases ó personas que salgan perjudicadas? Si nos arredrase un temor tan pueril, nunca adelantaríamos en la senda de la civilizacion. Además, se ha equivocado sobremanera el señor Enciclopedia suponiendo que los peluqueros, barberos, peineros, etc. quedaban reducidos á la mendicidad. Por ningun concepto: sabido se está que los peluqueros tienen ocupaciones accesorias, como vender pomadas, aceites, espíritus, esencias y otras mercancías que se despachan aun sin haber pelo: los barberos son por lo regular sangradores y guitaristas, y algunos maestros de baile; y los peineros, aun cuando no hiciesen peines ni peinetas, se dedicarian á formar otras cosas: tinteros, cuernos de caza, etc. y podian entrar en negociaciones de surtido con algunos casados. No habiendo pelo se ahorraba el trabajo de peinarse, las mugeres diariamente y los hombres de afeitarse dos ó tres veces á la semana; navajas de barba, jabon, y otras mil especies. Por mas que sucediese cualquiera desgracia al vecino, no habria temor, pues ninguno podria decir «cuando veas la barba de tu vecino á afeitar echa la tuya á remojar» porque se negaba el supuesto. Un hombre de bien no se veria jamás sobado y bofeteado por las manos indecentes de un barbero que no sea decente, y en todo caso es sufrir uno que le pongan las manos en la barba contra aquel refran que dice «ni ojo en carta ni mano en barba» y no habiendo ésta, tampoco habria tantos atrevidos, por cuanto no se podria decir «se ha reido, se ha burlado en mis barbas.» No habria señoritas tan escrupulosas, que al ver un pelo en la comida, esperimentan una convulsion de nervios. Si un sugeto hiciese mal á otro, no diria este «me ha hecho una barba» y por mucho que se incomodase, en ninguna situacion ni circunstancia podria uno pelarse las barbas. El señor Enciclopedia preguntaba: ¿qué figura haria un capuchino, un gastador de regimiento sin barbas? aseguraba que todos los hombres mas célebres son pintados asimismo con ella. Esto, señores, me parece un grave desacierto, y estraño es que lo haya pronunciado un literato tan esclarecido como mi honorable antagonista. ¿Y qué figura, pregunto yo tambien, hace un legislador, un conquistador con unas barbas como una cabra ó una vieja arrugada, enjuta y reseca ni mas ni menos que una pasa? ¿Qué figura hace el traer la cabeza metida entre mechones de pelo, que no parece sino que se está juntando lana para una almohada? ¿Qué figura hace una cabeza rapada y mondada á similitud de un motilon ó monigote y al mismo tiempo una barba espesa, larga y poblada, constituyendo una especie de contradiccion tan notable?

Concluyo, señores, afirmándome mas y mas en mis opiniones, puesto que el señor Enciclopedia no me ha convencido á pesar de todo su saber; y de consiguiente voto por la abolicion completa y absoluta de toda clase de pelo en la especie humana. He dicho. (*Señales de aprobacion.*)

El señor Giripundio Distinciones y Filologias. (Rumores entre los concurrentes al certámen.) Señores; despues de haberse pronunciado en pró y en contra sobre la cuestion vital del momento, tan brillantes y esplendorosas oraciones, poco ó nada me resta que enunciar de nuevo. Entro por tanto con un aspecto harto desfavorable en la presente disputacion, pues que pueda parangonárseme con el rústico campesino que pretende andar al rebusco en una parra vendimiada; permitáseme lo impropio de la comparacion. (Risa general.)

Sin embargo, todavía me ha quedado un pequeño portillo por donde me será factible abrir brecha con el cañon de mis raciocinaciones. Empezaré distinguiendo el pelo, del cabello, del vello, de la cabellera, de la melena y de todas las demas producciones que tengan entre sí cualquiera punto de contacto, siquiera este sea ligero, volátil y perfuntorio. Señores, pelo, segun el diccionario de la academia española y los autores clásicos, es la hebra ó hilo delgado que sale por los poros del cuerpo del animal. En esto no hay ninguna alusion. Cabello se llama con toda propiedad al pelo que nace en la cabeza, viene de la palabra latina *caput cápitis*. Se denomina cabellera al conjunto del cabello largo y tendido sobre la espalda con gracia, arte y maña; sea un ejemplo palpitante é irrecusable la cabellera de Berenice, tambien la cabellera de los antiguos galos que el señor Enciclopedia, mi caro amigo y dilectísimo compañero, trajo muy oportunamente hablando de otro propósito. Se apellida especialmente melena, cuando el cabello cae en confusion y desórden sobre el rostro. Se nombra ó titula vello, el pelo corto y sútil que nace en el labio superior y en otras partes del cuerpo, y tambien la pelusilla que tienen en la piel los melocotones, pérsicos, albillos, abrideros y otras frutas de hueso. Se termina, esto es, se dá el término de vellon á la lana de carnero ú oveja y á la guedeja ó vedija de lana. Se terminologiza vellocino, el famoso vellon de la fábula y al de Gedeon de la sagrada escritura.

Los oradores que me han precedido han pasado sin profundizar las cuestiones á la calvicie tinentes, lo que no deja de ser una manquedad. Yo, impulsado por mis instintos de órden, claridad y distincion, voy á distinguir (bien, bien) las especies de calva que se reconocen mas vulgarmente. Hay calvas incipientes, calvas declaradas y calvas de non plus ultra: cada una de esas tiene sus graduaciones, matices y diferencias. Hay calvas vergonzantes que salen por aquí y por allí invadiendo el terreno poblado: hay calvas geográficas (el señor Camorra pide la palabra para una alusion personal) que marcan las carreteras y caminos transversales: hay calvas de por mitad que parece haber dividido en virtud de un tratado diplomático, el dominio de la cabeza á partes iguales con el pelo: calvas parciales y salteadas: calvas caprichosas formando grecas ó dibujos: calvas orladas con pelo en remedo de pasamano ó cairel (el señor Chupa Hambreac pide tambien la palabra para una alusion personal): calvas que se asemejan á un territorio con sus departamentos y cantones separados por rios y canales. (Se oye rumor entre los señores académicos, y voces confusas de «al órden, á la cuestion; esos son insultos:» momentos de agitacion y de tumulto).

El señor *Presidente* (tocando fuertemente la campanilla): señor Giripundio, distinciones y filologismo: ruego á V. S. tenga la bondad de contraerse á la cuestion y de evitar incidentes y espresiones que puedan herir á cualquiera de nuestros apreciables consocios.

El señor *Giripundio*. Señores: yo estoy en la cuestion; á mí se me quiere coartar el derecho de hablar (varias voces, «*que hable, que hable.*») Las disticiones precitadas no fueron intercaladas sino para clarificar la cuestion, puesto que yo iba distinguiendo las varias especies de pelo mas conocidas y de calvas que vienen á ser el reverso de la medalla, la antítesis mas pelipelada que se haya visto jamás. (Fuertes risotadas de los académicos y de los espectadores.) Yo creo á pié juntillas y á ojos cegarritas en la necesidad de que haya pelo; pero yo únicamente quisiera que fuese el de la cabeza, es decir, el cabello, y me opongo á todas las demas categorías que llevo manifestadas; por eso mis distinciones son muy científicas, muy lógicas y finalmente vienen muy á pelo (aplauso, hilaridad y palmoteos prolongados) y nadie me dirá con razon que tengo pelo de tonto.

El señor Parlatorio de Reglicia. Señores: escuso hablar de la cuestion en su fondo: solo advertiré que antes de proceder á la votacion se formulen varias proposiciones por el órden en que deben ser votadas. ¿Conviene ó nó que subsista el pelo en la especie humana? Aprobado esto, ¿qué clase de pelo debe ser, todo indistintamente ó solo una clase de él? En caso de aprobarse esto último ¿cuál ha de ser preferido? Esta es, señores, la práctica mas usual y corriente en semejantes cuestiones. Cedo la palabra en obsequio de la brevedad, al señor Cabeza de Carnero.

El señor Cabeza de Carnero: tengo solamente que hacer una observacion: se me figura que en un certámen ó academia como la presente, no se acostumbra poner á votacion los temas y polémicas que se diluciden: además, seria hasta ridículo el proceder de otra manera.

El señor *Presidente:* señores; no puedo acceder á lo que propone el señor Cabeza de Carnero: yo estoy en el deber de preguntar si el punto está suficientemente discutido.

Se acuerda que sí, é igualmente que la votacion sea secreta.

Despues de haber votado en esta forma, el resultado fué que por una inmensa mayoría se decidió que continuase el pelo en la especie humana sin la menor novedad ni alteracion, y que fuese esta determinacion estensiva á toda clase de pelo cualquiera que sea su nombre y circunstancias: con lo cual se dió fin á la sesion académica.

Al llegar aquí desperté del sueño y me eché á reir de tantos desvaríos.

ANTOLIN ESPERON.

EL POETA Y EL COMPOSITOR,

POR

E. T. A. Hoffman.

(*Conclusion.*)

Ludwig.—En eso justamente pensaba, cuando hace poco sostenia, que Mozart no habia elegido para sus óperas clásicas sino poemas dotados de las mejores condiciones del género. Las deplorables tentativas hechas para transportar el género lloron á la escena de la ópera, debian fracasar necesariamente, y gracias á Dios, nuestros *médicos oculistas*, nuestros *hospicios de huérfanos*, etc., marchan á una completa decadencia.—¡Qué cosa mas despreciable aun y mas opuesta á la naturaleza de la ópera, que esas fastidiosas rapsodias dialogadas, por el estilo de las muchas que ha hecho Dissersdorf! Pero en cambio es menester proclamar el mérito de las *Hermanas de Praga* y del *Hijo del Domingo*; estas son verdaderas óperas cómicas italianas á la alemana.

Fernando.—Verdad es que bien representadas esas óperas me han gustado muchísimo y soy cordialmente de la opinion de Tieck, cuando por medio del poeta del *Gato calzado*, hace dirigir al público este buen consejo:—si os divirtiese la pieza, hariais bien en abjurar de toda vuestra instruccion y madurez de espíritu, para convertiros en verdaderos niños, á fin de regocijaros y reir con tantas ganas como ellos.

Ludwig.—Desgraciadamente esas palabras, como otras muchas dignas de estima, caen muy á menudo en un terreno ingrato que las impide producir fruto alguno. Pero *la voz del pueblo*, que en materia de teatro, es casi siempre *voz del cielo*, absorve y anonada los desolados suspiros que lanzan ciertas naturalezas delicadísimas, afectadas por las horribles inverosimilitudes, y por las necedades intercaladas en las obras, segun se deduce de sus exageradas opiniones. ¡Y cuántas veces no se ha sorprendido á esos hombres fuertes, arrastrados por el impulso eléctrico de la alegría, y á despecho de su afectacion de superioridad, riendo tambien como los demás, al ver esas brillantes farsas tan desdeñadas, aunque protestando que en verdad reian sin saber por qué!

Fernando.—Me parece que Tieck podria, si quisiera, componer segun tu sistema escelentes poemas de óperas románticas.

Ludwig.—Sin duda alguna, pues posee todos los requisitos necesarios, y recuerdo haber tenido en mi poder un libreto suyo, trazado sobre el verdadero modelo del género, solo que era demasiado largo y muy recargado de incidentes.

Fernando.—Eso me conduce á hablarte de una de las causas de disidencia perpétua entre vosotros y los poetas líricos: hablo de la increible brevedad que incesantemente nos predicais. Es perder el tiempo en devaneo el trabajar en desarrollar tal ó cual situacion, ó el esforzarse en pintar con algun vigor de colorido una pasion dramática, pues es preciso resumirlo todo en dos ó tres versos, y aun en este caso os reservais el derecho de cambiarlos y de combinarlos indiferentemente á medida de vuestro capricho.

Ludwig.—Pudiera, por semejanza, comparar al poeta, con el pintor de decoraciones, cuya mision consiste en trazar completamente sus cuadros en la tela por medio de rasgos corrrectos y vigorosos; y decir que toca al músico poner el drama en escena, dar á la decoracion la perspectiva conveniente, á fin de comunicar al todo ese aspecto de realidad que produce la ilusion, y que transforma en figuras de bulto y pintorescas las pinceladas sueltas de una bizarra apariencia.

Fernando.—Es decir que al poeta solo se le exige un bosquejo, y no una obra acabada.

Ludwig.—Nada mas.—Inútil es decir que debe el poeta ante todo permanecer fiel á las reglas esenciales del drama con relacion al órden y á la economía del plan. Pero lo que es indispensable y lo que debe ser el blanco de todos sus esfuerzos es el arreglo de escenas, de modo que el asunto se desenvuelva de una manera clara y precisa ante la mente del espectador. Es menester que este, sin entender, por decirlo así, una sola palabra del diálogo, pueda abarcar el enlace de la accion, en vista de lo que pasa ante sus ojos. No hay obra dramática en que esta claridad sea mas necesaria que en la ópera, porque además de que siempre cuesta algun trabajo entender las palabras, aunque sean sumamente correctos los cantantes, el objeto del músico es el de transmontar al oyente, sin que lo note, á las regiones imaginarias; y no puede dominarse en atencion sino por medio de una indicacion constante del punto en que debe concentrarse el interés dramático. En cuanto á las palabras, siempre elegirá el compositor aquellas, que con mas energia y precision espresen la situacion ó el sentimiento que se haya propuesto pintar el poeta. No hay necesidad para esto de ningun giro, ni ornato estraño, y sobre todo de ninguna imágen.

Fernando.—Pero Metastasio, tan fecundo en metáforas...

Ludwig.—Metastasio, en efecto, tenia imbuido su espíritu por esa opinion singular, de que la fuente de la inspiracion música debia ser siempre, especialmente en las *arias*, alguna comparacion poética. De aquí provienen sus eternas estrofas de introduccion:

Come una tortorella...
Como spuma in tempesta...

Y la música no dejaba de imitar, al menos con el acompañamiento, el arrullo de la tórtola, el rumor de las olas espumosas, etc.

Fernando.—Baste pues, con abstenerse de usar el lenguage figurado, ó debemos renunciar aun á toda pintura detallada y completa de las situaciones interesantes. Por egemplo: un jóven héroe parte para la guerra, y se despide de su anciano padre, ó de su rey enfermo, cuyos estados merma un tirano victorioso; ó bien la fatalidad obliga á dos apasionados amantes á una cruel separacion: se limitarán á decirse simplemente.—*¿Adios?*

Ludwig.—Admito que el primero pueda en pocas palabras hablar de su valor, de su confianza en la justicia de su causa, y que el otro jure á su amada, que la vida lejos de ella solo será para él una muerte lenta; pero el simple *adios* bastaria al compositor, cuya inspiracion no debe estar subordinada á las palabras, sino á la accion y á la situacion, para pintar con rasgos vigorosos el estado del alma del jóven héroe ó del amante desconsolado. Sin recurrir á otro ejemplo mas que al tuyo, ¿cuántas innumerables veces no han escrito los italianos, sobre la sola palabra *adio*, melodías variadas y henchidas de entusiasmo y sentimiento? El idioma músico es susceptible de combinaciones nuevas hasta lo infinito, y en esto precisamente consiste el maravilloso secreto de este arte divino, pues donde nuestro lenguage hablado se declara insuficiente, allí se abre ante aquel una inagotable mina de nuevos modos de espresion.

Fernando.—Segun eso, el poeta debe procurar la mayor sencillez en las palabras, y reducirse estrictamente á indicar las situaciones en términos enérgicos y selectos.

Ludwig.—Seguramente; porque, lo repito, el asunto, la accion y la situacion son los que deben inspirar al compositor, y no una presuntuosa palabrería: de modo que á escepcion de las imágenes verdaderamente poéticas, toda reflexion es para el músico un verdadero embolismo.

Fernando.—No puedes figurarte cuán dificil tarea me parece la de escribir una buena ópera, con arreglo á tu sistema. Sobre todo, esa sobriedad de palabras...

Ludwig.—Muy gravosa debe pareceros esta condicion á vosotros que pintais por medio de palabras; pero así como Metastasio, en mi sentir, ha demostrado con su egemplo el inconveniente de poetizar los testos de las óperas, existe en cambio una porcion de libretos dignos de ser propuestos por modelos de poemas perfectamente apropiados á su objeto. Qué cosa mas sencilla que los estrofas del género de esta que todos sabemos de memoria:

Almen si non passio
seguir l' amato bene,
affecti del cor mio
sequite lo per me.

¡Cuán bien espresan estas pocas y sencillísimas palabras el estado de un alma llena de amor y de dolor! ¡Cuán fácil

2009 Ministerio de Cultura

e

s al compositor poseerse y traducir con todo el poderío de su arte este doble sentimiento. La situacion particular en que son cantados estos versos, escitará su vena hasta tal punto, que sin trabajo adquirirá la melodía un carácter de individualidad incontestable.—Mas de una vez habrás podido observar que los compositores dotados de un talento sobresaliente, han aplicado á veces una música sublime ó los versos mas detestables: lo cual proviene de haber sido inspirados en tal momento por la idea capital mal espresada, pero que era con todo verdaderamente poética. Pudiera citarte, por ejemplo, la *Flauta encantada* de Mozart.

Disponíase á contestar Fernando, á tiempo que se oyó en la calle el toque de generala. Este ruido le dejó consternado, y Ludwig, estrechando contra su corazon la mano de su amigo, le dijo suspirando:

—¡Ah! ¡Fernando, querido y tierno amigo! ¡Qué será del arte en estos tiempos de alarma y desastres! ¿Acaso será condenado á morir, como una planta bella y delicada, que vuelve en vano su corola marchita hácia las nubes sombrías que velan la faz radiosa del sol? ¡Ah! ¡Fernando! ¿Qué se han hecho las risueñas perspectivas de nuestros tempranos años? ¡Todo cuánto de bueno y puro existe desaparece, tragado por el torrente devastador que inunda el suelo de la pátria, arrastrando entre sus turbias olas tantos cadáveres ensangrentados! ¡Ateridos de horror á la vista de ese lúgubre espectáculo, y víctimas sucesivamente de una frenética rabia, nuestros gritos de agonía se pierden en el vacío de los aires; y sin encontrar una tabla salvadora en que asegurar nuestro espíritu, rodamos precipitados al abismo inexorable!

Calló Ludwig, quedando absorto en sus sombrías meditaciones.

Fernando se levantó, púsose el casco y ciñó el sable; y Ludwig, que con mirada de asombro seguia sus movimientos, le contempló súbitamente delante de sí como al genio de la guerra; armado para el combate. El rostro de Fernando se inflamó de repente con un ardor belicoso, centelleaba en sus ojos el fuego del entusiasmo, y dirigiéndose á su amigo, le dijo con voz llena y sonora.

—¡Ludwig! ¿Qué ha sido de tí? La atmósfera de servidumbre que has respirado hasta aquí por tanto tiempo, hasta tal punto te ha amodorrado y pervertido, que has llegado á ser insensible al aliento vivificador de la primavera, que asoma por el horizonte sobre las sonrosadas alas de nubes propicias!—Los hijos de los hombres yacian en el abandono de la abundancia y los placeres, y en su estúpida ignorancia hollaban con desden los mas preciosos dones de la naturaleza. Entonces fué cuando esta madre enojada despertó al genio de la discordia, aletargado desde mucho tiempo en regiones semejantes á un jardin florido y perfumado. En seguida se alzó como un gigante de bronce en medio de aquella multitud imprevisora, que huyendo á los aterradores ecos de su voz con que hacia estremecerse las montañas, acudió á reclamar la proteccion de la madre que habia desconocido. Pero la vuelta de la fé á su corazon le reveló otra verdad, y entonces supo que el triunfo es patrimonio del fuerte. Así como la muerte engendra la vida, del mismo modo la lucha alimenta y fecundiza el divino gérmen del progreso.—Sí, Ludwig, una época crítica y predestinada ha comenzado su curso, y el mundo oye de nuevo la voz distinta del eterno poder que le gobierna. Sí, sus misteriosos decretos se revelan confusamente á la debilidad de nuestros sentidos, y la fé despertada en nuestras almas nos entreabre los secretos del porvenir. Una nueva aurora se presenta, y en el aire embalsamado resuenan inspiradas voces que proclaman y glorifican á la divinidad con sublimes cantares! Las puertas de oro están abiertas, y una aureola luminosa sirve de consagracion divina á los santos esfuerzos conque la ciencia y el arte quieren unir á los hombres como hermanos en un mismo culto. ¡Valor, pues, amigo! ¡Elévese al cielo tu mirada! ¡Valor, perseverancia y fé!

Al mismo tiempo que así hablaba Fernando, estrechaba á su amigo contra su corazon. Ludwig tomó en la mano un vaso lleno, y á su brindis repitió Fernando:—amistad eterna, sí: amor constante á lo bueno y á lo bello, en vida y en muerte!...

Despues, su fogoso caballo le condujo al centro de los batallones, que marchaban contra el enemigo demostrando su belicoso ardor con salvages gritos de alegría.

MODAS.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

2009 Ministerio de Cultura